

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

ULTIMO AVISO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

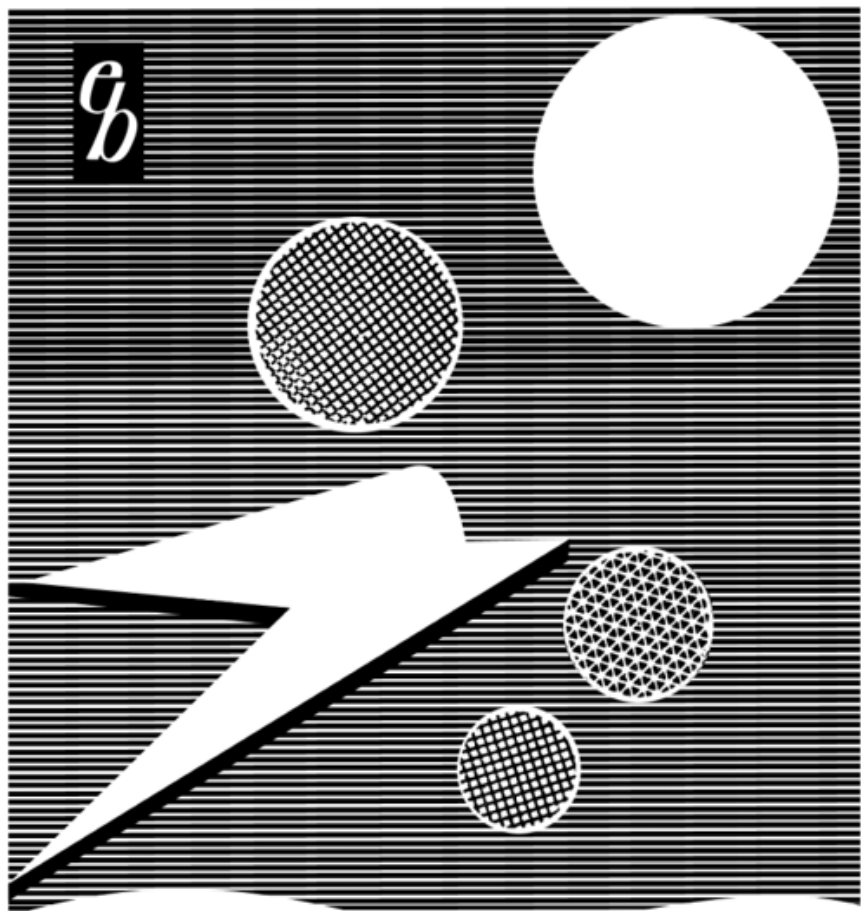
ULTIMO AVISO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

ÚLTIMO AVISO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 152

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 21.210 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1973

© **Marcus Sidereo** - 1973

texto

© **Alberto Pujolar** - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y
entidades
privadas que aparecen en esta
novela, así como las
situaciones de la
misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo
que cualquier
semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

147— Evasióndelmundodelterror.—*CurtísGarland*.

148— Los desterrados. — *Marcus Sidéreo*.

149— Guerrillero del espacio. — *RalpBarby*.

150— Monstruos robots. —J. *Chandley*.

151— Saga de dragón. — *Curtís Garland*.

CAPITULO PRIMERO

La señal roja de emergencia del pequeño computador osciló dos veces seguidas y tres espaciadas.

La misma frecuencia se repitió dos veces más. En total habían sido tres.

El profesor Keitel conectó la computadora con el banco de datos y seguidamente introdujo una ficha en la ranura. Pulsó el botón conveniente y aguardó a que el banco comenzara el proceso.

La respuesta que salió en la cartulina era la que el profesor Keitel esperaba.

El mensaje era lacónico:

«ULTIMO AVISO.»

Probó nuevamente con una segunda cartulina y pulsó el botón de «Comprobación».

De nuevo apareció la cartulina con la misma inscripción:

«ULTIMO AVISO.»

Keitel lanzó un suspiro y luego permaneció inmóvil largo tiempo, pensando. Pensar era su profesión, pero esta vez no se trataba de descubrir una fórmula o de mejorar un sistema. La «cosa» era algo más grave.

Su ayudante Golman entró en aquellos momentos.

—Profesor... ¡Oh, dispense! ¿Está usted ocupado en algo?

Keitel se volvió lentamente y murmuró:

—¿Qué más da, Golman? Este es un problema insoluble...

Golman era joven, dinámico, alegre las más de las veces y sarcástico para con el mundo exterior. Allí dentro de aquel laboratorio y al lado de Keitel se sentía seguro, a salvo de las mezquindades externas. Quizá por esto comprendió que el asunto era grave. E incluso adivinó de qué se trataba:

—¿La... señal?

Ante el mutismo de su superior, Golman repitió:

—Es la señal, ¿verdad?

Por toda respuesta el profesor le mostró las tarjetas que había sacado del Banco de Datos.

Golman leyó y lanzó un silbido.

—Entonces es grave...

—Tres meses. Nos dan tres meses...

—Lo tenemos encima.

—Las señales han venido periódicamente cada tres meses. Debe ser la forma de medir el tiempo de «esa gente».

—¿Y qué piensa hacer, profesor?

—¡Yo qué sé! Cuando recibí la segunda comunicación y me puse en contacto con el presidente, por poco me manda a paseo.

—¡Todos los gobernantes son iguales! —despotricó Golman—. Sólo se preocupan de su prestigio personal. Hablan, discursen... Sólo palabras, demagogia... Pero, ¡nunca hechos! Tienen miedo del ridículo.

Tras un silencio, el profesor murmuró:

—El aviso de «esa gente» estuvo bien claro a partir de la primera vez... Nos acusan de no saber aprovechar la riqueza natural de nuestro planeta. Nos acusan de destruirlo lenta y sistemáticamente. Ellos velan por la paz... La verdadera paz, algo que los mortales desconocemos por completo. Tanto hablar de paz, pero la verdad es que nadie sabe lo que significa.

—¿Quiénes son, profesor Keitel? ¿Quiénes son en realidad esos... comunicantes?

—No lo sé con exactitud, Golman, pero... he llegado a imaginar que constituyen una especie de comisión de vigilancia para salvaguardar la Galaxia.

—¿Hablará otra vez con el presidente?

—Sería inútil.

—¿Y una reunión a alto nivel? Todos los jefes de Estado.

Keitel sonrió amargamente.

—¡Claro! —adivinó su ayudante—. ¿Cómo iban a hacerle caso? ¡Los apoltronados dirigentes de nuestro mundo haciendo caso de una «señal desconocida»!

—Se creen dioses. Estamos en la prehistoria de la Ciencia Espacial y se creen los dueños, sólo porque hemos mandado a unos cuantos pilotos a dar una vuelta por la estratosfera...

—Tres meses pasan volando, profesor... ¿Qué cree que harán si no les hacemos caso?

—No lo sé, Golman, pero deben tener medios para aniquilarnos.

—Toda la humanidad... indefensa.

—Completamente indefensa. Sólo hay una solución.

—¿De veras?

—Intentaré comunicar con «ellos».

—¿Cómo?

—No lo sé, pero si pueden llegar hasta aquí y captan lo que ocurre en todo el planeta, también podrán captar mi mensaje.

—Inténtelo, profesor... ¡Inténtelo!

—Pediré que manden a alguien autorizado. Alguien al que los jefes de Estado puedan confiar plenamente. Alguien que tenga poder para demostrar a todos que no bromean.

—¡Bravo, profesor! A mí también me gustaría que diesen una lección a esos engreídos.

—Sin embargo, no confío demasiado en ello, Golman. Esa gente tiene sus propios sistemas.

Golman pensó unos instantes y murmuró:

—Si le han elegido a usted es por algo... Creen en su capacidad. Deben considerarle el mejor.

—Hay otros colegas en el planeta tan buenos o mejores, Golman. — Y Keitel lanzó un nuevo suspiro, al mismo tiempo que se enfrentaba con el Banco de Pruebas.

Comenzó a manipular, mientras Golman se aproximaba.

—Tengo que encontrar la clave correcta para establecer el contacto.

—¡Esto es maravilloso! «Ellos» existen. No es una fantasía. Hay seres por ahí..., en torno nuestro.

—Quizá más próximos de lo que creemos, Golman.

Y el profesor continuó con su tarea de ir probando en el Banco de Datos para obtener la clave.

Por la rampa exterior que ascendía hacia la cúpula, Lutt conducía el automóvil en el que llevaba a la hija de Keitel.

Era de noche.

Detuvo el descapotable frente a lo que llamaba «La jaula de Cristal», por la pared de ese material que cerraba la cúpula.

—Supongo que tu padre estará trabajando, pero hace días que quiero hablar con él —dijo Lutt.

—Pues hazlo. Así le sacarás de su laboratorio. Se pasa las horas allí dentro. A veces estamos semanas enteras sin verle... A lo mejor tienes más suerte que nosotros y te recibe.

—Tu padre trabaja mucho, Onna.

—Demasiado —murmuró ella.

—Tiene sus razones para hacerlo.

—¿Por qué dices esto? ¿Es que sabes algo?

Lutt no contestó y saltó del coche, mientras la muchacha, joven y hermosa, le miraba extrañada.

—¿Sabes que tienes el don de intrigarme siempre?

—Tengo el don de hablar demasiado. Debe ser por mi profesión de comentarista de la televisión. Anda, vamos.,

En el laboratorio, situado en la parte superior de la cúpula, el profesor Keitel estaba transmitiendo con los datos obtenidos a través del banco.

Pulsaba los botones emitiendo una señal en onda corta que producía unos zumbidos parecidos a los del viejo sistema morse.

Tras repetir el mensaje tres veces se aproximó a uno de los cristales y descorrió la placa metálica que lo cubría.

En el exterior, el firmamento brillaba con millones de puntitos de luz.

—Están ahí... En cualquier parte.

—¿Cree que han captado la señal? —preguntó Golman, atento al pequeño computador.

El profesor no contestó. No había respuesta, pero pensaba que si «la otra gente» no contestaba, ya no habría ninguna solución para el planeta.

CAPITULOII

Keitel había dado permiso para que Lutt entrara en el laboratorio.

En pocas palabras le resumió la situación. Luego recomendó:

—No quiero que mi familia sepa nada. Tampoco debes decir ni una palabra de esto en tus emisiones.

—¡La gente debe estar informada, profesor!

—Te echarían a ti y a mí... No es que esto importe mucho, pero llegado el momento podemos ser útiles... No sé cómo, pero al menos lo intentaremos...

—Debió hacerme caso, profesor... Si «nos atacan», será por negligencia de los gobiernos, por no haberle querido escuchar.

—Este asunto es «tabú», ya lo sabes. Tú también recibiste la amenaza de expulsión si dabas la noticia a través de la televisión. Dicen que no quieren que cunda el pánico.

—Es que no lo creen, profesor. Le toman por loco.

—Lo sé...

—Pero ahora es de verdad, ¡Construyamos ese refugio! La gruta es ideal para ello. Usted mismo lo dijo. ¿Ha dicho tres meses? Trabajando intensivamente tendríamos tiempo...

—No tengo dinero para ello.

—Sí lo tiene. El Estado le paga. Usted maneja los fondos.

—Son fondos para la subvención de los laboratorios centrales. No puedo tocar ese dinero.

—¿Y qué hacen en los laboratorios, profesor? Investigan, ¿no?

—Eso hemos venido haciendo hasta ahora.

—¿Y de qué les sirve si cuando descubren algo y lo ponen en conocimiento de las autoridades, hacen oídos sordos?

—No. No hacen oídos sordos. Por si acaso han tomado algunas medidas. La gente de la Organización de las Naciones Libres ha

ocupado los puntos estratégicos de defensa. Todo se ha llevado a cabo en secreto.

—Entonces, ¿piensan defenderse?

—No servirá de nada —murmuró el profesor y fue hacia una mesa de la que extrajo unas cartulinas—. Mira esto.

Lo que leyó Lutt fue otra nota escueta:

«Defensas del planeta totalmente inocuas.»

—Eso quiere decir... que están enterados —murmuró Lutt.

—Están enterados de todos y cada uno de nuestros pasos y nos advierten de que nuestras defensas no sirven para nada. Toma, toma... Mira todos los informes... Seis en total, uno cada tres meses desde el primer aviso.

Allí estaban las fichas de los mensajes recibidos de «algún lugar desconocido».

Lutt ya los había visto antes. El profesor comentó:

—Tratan de decirnos que estamos "jugando con fuego. Que hemos descubierto lo más elemental y que lo utilizamos como juguete sin darnos cuenta de que nos autodestruimos...

Lutt sacudió la cabeza de un lado a otro:

—Es chocante. Tenemos armas para mandar a la porra nuestro planeta, y, sin embargo, estas mismas armas a ellos sólo les harían cosquillas.

—Más o menos es lo que pretenden decirnos.

—Entonces debe utilizar ese dinero, profesor... Todavía es tiempo. Si no le hacen caso, ¡allá ellos! Pero tendremos sitio para unos cuantos. Y no lo digo para que se me incluya a mí. Hay otros sabios en todo el planeta. Gente importante capaz de hacer las cosas bien, de empezar de nuevo cuando llegue el caso, profesores, médicos, pensadores... El bunker subterráneo según el diseño que hicimos puede albergar hasta un centenar de personas.

Tras una pausa, añadió:

—¡Los Gobiernos lo tienen! ¡Ellos quieren salvarse! ¿No es así?

—Sí, claro. Pero me pregunto si vale la pena. Una vez llegado el fin, qué importa que se salven unos cuantos. Ni siquiera sabemos cómo ocurrirá.

—Ni siquiera sabemos cómo ocurrirá —repitió Golman, como un eco—. Esto es terrible, profesor.

—Y sólo nos quedan tres meses... —murmuró el comentarista, mirando al espacio a través del cristal de la cúpula.

—Ya sabemos las condiciones —comentó Keitel—. Destrucción total de todo armamento termonuclear. Prohibición absoluta de fabricar nuevos ingenios destructores. Y aquí no pueden haber trampas. No se puede decir que se ha hecho no siendo verdad. Ellos nos ven. Lo saben todo. Y aquí sí que no vale la diplomacia, ni las medias palabras. Hay que hacerlo. Ningún Gobierno quiere ser el primero.

—Es lógico —admitió Lutt—. Temen que al verse desarmados otros puedan atacarles por sorpresa... ¡Idiotas! El planeta está a tres meses del final y piensan en conservar la supremacía.

—¡Atención, profesor! —exclamó entonces Golman, fijando sus ojos en la computadora.

El punto rojo de emergencias se encendía y apagaba intermitentemente.

—¡La señal! —exclamó el profesor. —¡Han captado el mensaje y contestan! —gritó Golman, lleno de júbilo.

Lutt se aproximó también al pupitre donde la luz roja seguía oscilando.

El profesor tomó nota de las señales y aguardó.

—Volverán a transmitir. Si son ellos, repiten hasta tres veces —dijo.

La señal volvió a oscilar y Keitel comprobó si coincidía con el primer mensaje.

Luego aguardó a que se emitiera por tercera vez y puso el contacto

en el Banco de Datos.

Las entrañas de la máquina engulleron la cartulina que fue trabajada hasta salir por el buzón correspondiente. Había expectación para saber el resultado del mensaje descifrado.

«Petición razonable. Mandamos un enviado.»

—¡Le han hecho caso, profesor! —exclamó, alborozado, Golman.

—Un enviado de... un sitio desconocido —murmuró Lutt—. Esta es la mayor noticia que podría dar a mis oyentes.

—No te precipites, Lutt. Primero tenemos que ver a ese... a esa persona, forma o ser, o lo que sea. No sabemos si es como nosotros, pero deberá poseer algún medio para que podamos entenderle.

Keitel abría y cerraba los puños agitado. La situación no era para menos. Alguien iba a llegar, alguien cuya forma consistía la primera incógnita.

Un haz de luz cegadora semejante a un cometa brilló fugazmente en el espacio.

Tres pares de ojos miraron a través del cristal.

¿Tendría aquello algún significado?

Los tres hombres cambiaron una mirada entre sí y seguidamente volvieron los ojos hacia el estrellado firmamento.

La tensión aumentó cuando un pitido insistente de la computadora hizo que los tres reunidos en el laboratorio corrieran hacia el aparato.

El profesor manipuló rápidamente el Banco para que le transcribiera el mensaje.

La respuesta fue categórica:

—El enviado está con ustedes.

CAPITULOIII

—Papá, perdona que interrumpa —dijo Onna, entrando en el laboratorio.

—¿En?

El profesor se revolvió. No estaba acostumbrado a que nadie entrara. Lo tenía prohibido y, además, no solían hacerlo, por eso se extrañó al ver a su hija tan serena allí en la puerta, como si estuviese cumpliendo un encargo «en contra de su voluntad».

—Lo siento, papá. El señor Sonner está aquí. Dice que es muy urgente.

—¿Sonner? ¿Del Departamento de Defensa?—inquirió el periodista, extrañado.

—¿Qué quiere Sonner? —preguntó, a su vez, el profesor.

—No lo ha dicho, padre. Sólo quiere verte. Dice que es muy importante.

El profesor miró hacia el computador y luego se volvió en silencio hacia los dos.

—Es que ahora... No puede ser, estamos esperando... Estoy...

Dudó y fue su ayudante quien adujo:

—Hable con Sonner, profesor. Lutt y yo nos quedaremos aquí si usted quiere.

—Sonner no habría sido mandado si no fuera por algo muy importante —dijo el profesor como si expresara en voz alta lo que estaba pensando en ese momento.

—Está bien, le veré.

Lutt le acompañó y el ayudante se quedó solo en el laboratorio.

Sonner estaba en la sala principal de la casa. Alto, erguido con su aspecto ausente, casi como de autómatas. Así era Sonner, así le conocían todos como el Secretario.

—¿Qué pasa, Sonner?

—Reunión urgente, profesor. Dos guardias de seguridad están en el coche, tiene usted que venir inmediatamente.

—¿A estas horas?

—Esas son las órdenes, señor —repuso fríamente Sonner.

—Pero...

El profesor dudó. Recordaba el mensaje de la computadora:

«El enviado está con ustedes.»

¿Dónde estaba el enviado?

¡Justamente en aquel momento...!

Sí, justamente en aquel momento debía dejar todo el trabajo para acudir a la reunión de emergencia. «Tenía que hacerlo.» Las leyes que había jurado acatar eran bien explícitas. Debía acudir en cualquier momento del día o de la noche, en cuanto la ocasión lo requiera. Tenía que hacerlo.

—Está bien —admitió—. Voy con usted.

—Profesor, me quedaré con su ayudante. Le avisaré si ocurre algo... «especial» —dijo Lutt.

—Sí, sí, háganlo. —Y luego se fue murmurando—. No comprendo... No comprendo el porqué de esta reunión ahora. A menos que... Pero no...

Y se fue pensando en el enviado.

Ellos habían dicho: «Está con ustedes».

Pero, ¿dónde?

¿Cuál era el plan de «aquella gente del espacio»?

¿Cómo se daría a conocer su enviado?

De cualquier forma, la reunión se le antojaba del todo inoportuna

en aquellos momentos.

El auto le dejó frente a la sede de Reuniones del Consejo de Defensa de la Nación.

A aquella clase de reuniones debía asistir el presidente, porque en los casos de emergencia era, en definitiva, el que tenía que decidir.

Cuando el profesor llegó a la sala del tercer sótano, perfectamente insonorizada y blindada, encontró a todos los altos miembros del comité de Defensa.

Cada uno de los reunidos representaba al jefe de su respectivo grupo.

Todos se hallaban agrupados, comentando seguramente tan extrañados como el propio profesor Keitel.

Se unió a ellos inquiriendo el motivo de la llamada.

—¿Alguno de ustedes sabe algo?

Las respuestas eran negativas.

—Debe ser cosa del presidente —adujo alguien.

—Pero, ¿es que nadie tiene noción de lo que está ocurriendo? —preguntó otro.

Alguien afirmó:

—Estas reuniones están previstas sólo en casos de emergencia auténtica, cuando la nación está en verdadero peligro.

No hubo respuesta. Todos se encogieron de hombros, pero lo cierto es que si estaban allí era por algo realmente urgente. Algo que constituía un peligro para todos.

La llegada del presidente disolvió los comentarios.

Alto, espigado, de nariz aguileña y ojos escrutadores, el joven presidente se encaró con los reunidos sin utilizar ninguna clase de preámbulos:

—Bien, señores. ¿Quién de ustedes es el responsable? —soltó mirando alternativamente a los reunidos.

Los otros no contestaron.

Eran un total de veinte hombres los que formaban la reunión. Cada uno puesto en pie junto a las respectivas sillas que debían ocupar en la gran mesade sesiones, parecía esperar que alguien soltara su voz y explicara el motivo de aquella reunión.

Pero nadie lo hizo.

—Bien, no he oído nada —insistió el presidente—. Y si estamos aquí, es por algo grave. ¿Quién ha convocado esa reunión?

El silencio persistió.

Fue el profesor Keitel quien rompió la tensión para comentar:

—Creo que es opinión general de que fue usted, señor.

—¿Opinión general? —inquirió el presidente.

—¿No nos ha convocado usted? —preguntó el jefe supremo de la Defensa Nacional.

—Señores, aquí ocurre algo raro —comentó el presidente, tras un prolongado y hasta angustioso silencio—. Yo fui avisado por mi vicepresidente... ¿Puedo saber quién les informó a ustedes?

Nuevo silencio.

—Karbax me avisó a mí —dijo el representante de los armamentos, responsable de los depósitos de armas de la nación.

Karbax era el médico en enfermedades espaciales. Un hombre importante en su especialidad. Era el mejor, por eso se le había elegido como miembro del Consejo de Seguridad.

Ahora todo el mundo esperaba una respuesta de Karbax.

Y le tocó el turno a Van Heutel, el Comandante en jefe de las fuerzas armadas.

—Dingham me avisó —dijo.

—Es cierto —repuso el hombre de Servicios Auxiliares—. Recibí una llamada de Sonner, me dijo que avisara a los demás, estableciendo una cadena. Bueno, añadió que la cosa era urgente.

El profesor Keitel pidió la vez para corroborar.

—También a mí me avisó Sonner. Lo hizo personalmente.

—Basta ya —cortó el presidente con cierta sequedad—. No creo necesario continuar. O han pretendido gastarnos una broma, o no acabo de entender la razón por la que se nos ha reunido aquí, pero llegaré hasta el final. Que llamen a Sonner. Estará en la antesala.

Su misión de secretario de enlace no le permitía, salvo que el presidente lo ordenara, permanecer en la sala de reuniones, por eso Sonner esperaba tras una mesa en la penumbra de la antesala de conferencias.

Le avisaron a través del circuito cerrado y el propio presidente pulsó el botón para abrir la puerta hermética.

Sonner habló al ser preguntado.

—Estoy alcargo del computador central. Como usted sabe, señor, se pasan los datos cada período de tiempo establecido para ello. En un momento dado, el computador convocó la reunión. Conservo la cinta donde queda escrita la orden.

—¿De modo que fue... el computador? —inquirió el presidente.

—Es uno de los sistemas, según tengo entendido. Yo soy relativamente nuevo, pero el encargado me dijo que cuando surgiese la señal roja, debía transmitir los datos urgentemente a las personas llamadas. Descifré la clave y me encontré con los nombres de ustedes. Pedían una reunión urgente y me permití que entre todos se pasaran las órdenes para ir más de prisa. Hoy es fin de semana laboral y supuse que muchos se estarían preparando para ir al campo.

—¿Quién es el responsable de la computadora central? —quiso saber el presidente.

—Hoffman, señor —manifestó el secretario.

—Es necesario averiguar si ha cambiado algún proceso. Algo que haya podido averiar el sistema... De lo contrario... A menos que alguno de ustedes tenga motivos para exponer una situación grave que afecte a un peligro inmediato...

—El general Hoffman está en su retiro campestre, pescando sin duda, señor. Es su *hobby* —informó el secretario Sonner.

—Pues que le busquen y que le traigan. Es necesario aclarar esto. Estas reuniones, y no es necesario que lo repita tantas veces, son para casos extremos. ¿Comprenden? Veamos, ¿cuál es la catástrofe que nos amenaza?

—Señor, si me permite... —empezó el profesor Keitel, que había permanecido pensativo mientras los demás hablaban.

—Diga, Keitel.

—Verá, me gustaría exponerle el caso en privado. Yo... Yo pienso que...

—Keitel... Si es algo importante, no veo la razón para no poder exponerlo públicamente.

—Le hablaré con franqueza, señor. Es algo que sucedió en mi laboratorio, ya le puse en antecedentes hace algún tiempo.

Algunos de los reunidos cambiaron miradas entre sí. El presidente atajó:

—Si se refiere a ese peligro que no sabemos de dónde viene y que no se ha hecho tangible bajo ningún aspecto, absténgase de hacerlo, Keitel. Sabemos que usted es persona de buena fe y que además vale... Pero esas señales que solemos llamar desconocidas se están investigando en los laboratorios especializados. Han prometido darme un informe detallado en breve; por lo demás, procuraremos hacer algunas modificaciones a fin de que no surjan interferencias en ese tipo de computadores. No quiero que mis mejores cerebros, como el suyo, Keitel, anden de cabeza por culpa de esas interferencias... Bien. Si quieren beber algo, podemos pasar al restaurante en espera de que Hoffman llegue. Puesto que estamos aquí, esperaremos. Señores...

Se levantó y los demás le imitaron.

Keitel fue el último. Seguía sentado aun cuando la voz del presidente le sacó de sus cavilaciones.

—Venga conmigo, Keitel. Yo también quiero hablar con usted.

CAPITULOIV

El profesor aprovechó el haberse quedado a solas con el presidente en el despacho blindado especial del subterráneo para soltar sus presentimientos.

—Señor, yo pedí una prueba.

—¿De qué me habla?

—Me dieron el último aviso, ¿comprende? La señal dio el último aviso. Sabía que sería difícil que los otros pudieran comprenderlo. Ojalá todos hubiesen recibido la misma comunicación, pero por alguna razón que ignoro «me eligieron a mí».

—Olvídese de esto ya, Keitel.

—No puedo, señor. Estoy atando cabos.

—Hum...

—Pedí esa prueba. Pedí que mandaran a alguien con poderes para hacer una demostración, no sólo a nuestro país, sino a todos... para que el planeta, y sobre todo sus gobernantes pudieran juzgar por sí mismos si «esa gente» eran realmente superdotados.

—Según sus informes, Keitel, la petición de éso como quiera llamarles es que destruyamos nuestras armas, y como les hacemos caso omiso, nos mandan un último aviso.

—Eso es.

—Bien, siga con su historia.

—No es una historia. Es lo que ha ocurrido.

—Bien. ¿Y qué ha ocurrido?

—Cuando pedí un mensajero... Alguien que pudiera probar antes todos su poder superior a todo lo conocido me contestaron.

—¡Ah!

—Dijeron que el enviado ya estaba entre nosotros.

—¿Le vio usted?

En la voz del presidente había una ligera y disimulada sorna.

—Fue entonces cuando apareció Sonner.

—¿Sonner? ¿El secretario?

—Exacto.

—Bueno. Que Sonner no es un enviado de ninguna agente extraterrestre es bien evidente. ¿No le parece?

—¿Y qué me dice de la convocatoria de esa reunión?

—Eso no puede ser otra cosa que un fallo de la computadora central. Hoffman nos lo aclarará.

—De todos modos, no deja de ser curioso.

—Keitel... Presénteme al enviado de esa gente en cuando esté realmente entre nosotros y entonces tendré una charla con él. Entretanto, sigo opinando que es un fallo, una interferencia.

—¿Y la respuesta?

—Un error... de la computadora. No puede ser otra cosa. ¡Quisiera que Hoffman estuviera ya aquí! ¡Ah, Keitel! Y no diga nada de esa conversación que hemos tenido. No quiero que surjan conjeturas y divagaciones inútiles. ¿Está claro?

—Por eso antes pedí hablarle a solas. Sé que esto podría... podría hacer cundir el pánico.

—¿Pánico? ¡No existe ningún motivo para pensar en el pánico!

El presidente se levantó dispuesto a salir. Keitel le siguió hacia la puerta que el titular del despacho podía abrir con un control remoto que ahora sostenía entre sus manos. No abrió, sin embargo. Antes se encará con el profesor y murmuró:

—¡Ah, Keitel! Quería hablarle para decirle que he pensado en un sustituto para usted. Lleva muchos años trabajando y creo que ya es hora de que pensen en su relevo. Podrá vivir tranquilamente y por supuesto, ni usted ni su familia carecerán de nada. Es mucho lo que ha hecho por el país, y ahora el país quiere mostrarle su agradecimiento.

«¿Me destituyen? —pensó el profesor para sí—. Eso es... Empiezo a ser un estorbo.»

—Ande, pase, Keitel. Tomaremos un refrigerio mientras esperamos a Hoffman.

* * *

El helicóptero había traído a Hoffman hasta el edificio en un corto espacio de tiempo. El presidente no vio la necesidad de suspender el refrigerio y pasar a la sala oficial para tratar de aquel asunto con el encargado de la computadora central.

Hoffman fue informado rápidamente de lo sucedido y todo el mundo esperó la respuesta.

Una respuesta que no iba a satisfacer en absoluto al presidente, y que a la vez había de conformar las sospechas y los temores del profesor Keitel.

—Señor, la computadora central es el más perfecto de nuestros cerebros. Actúa con exacta precisión. Todos los días está sometida a las pruebas reglamentarias y personalmente cuido de hacer las comprobaciones. No hay error alguno en sus datos, Si ustedes han sido convocados es porque algo lo aconseja así.

El silencio se prolongó hasta que el presidente se puso en pie y, visiblemente malhumorado, soltó:

—Está usted delante de los jefes responsables de la seguridad nacional. Ninguno de ellos, con sus amplios medios de información, tiene motivo alguno para pensar que nos amenace ningún peligro que debamos combatir de inmediato.

—Eso ya no está a mi alcance —repuso Hoffman, un tanto agriamente.

—Perdón, señor —insistió Keitel, poniéndose en pie.

—Keitel, le dije que...

—Señor, yo sí he recibido ese mensaje de peligro inmediato. Soy también uno de los jefes. Por ello sólo bastaría haber convocado esta reunión,

—Keitel, Keitel, quedamos en que...

—Señor, ahora lo veo claro.

Todos estaban pendientes de las palabras del profesor. El presidente se mostraba contrariado, fastidiado de la insistencia de Keitel, que juzgaba estúpida.

—¿Qué es lo que usted ve claro, Keitel?

—Nosotros... Yo concretamente, al pedir que mandaran a un emisario, esperaba... No sé..., una persona como nosotros, un ser fácilmente identificable, pero ahora veo que *ellos...*, *ellos* son otra cosa.

—¿Qué cosa? —quiso saber el presidente.

—Un momento. Creo que debemos saber de qué está tratando el profesor Keitel —opuso uno de los reunidos.

—Después, si es necesario, se hablará de ello —cortó el presidente.

—Señor —siguió el profesor—, no son seres tangibles. Es como... como si estuvieran en el aire... Pueden manifestarse introduciéndose en las computadoras.

—¿Seres que están en el aire o dentro de las computadoras? —comentó el presidente, como si acabara de escuchar la mayor estupidez de su vida.

—Yo no sé explicarme, señor. Esto es superior a mí. Intento únicamente decir que nos hallamos ante otro sistema. Otra forma de vida... Algo que... que puede estar incluso en nosotros mismos.

Esa vez, el silencio se prolongó por más tiempo. Ni el presidente sabía qué decir.

Fue Keitel quien rompió la tensión para decir:

—Intentaré comunicarme otra vez con ellos. Usted, si lo desea, puede explicar lo que yo le he confiado. De momento, considero más importante no moverme de mi laboratorio... Sé que tiene que ocurrir algo... Tiene que ocurrir algo —recalcó.

CAPITULOV

Keitel llevaba un buen rato sentado frente a la computadora en espera de recibir la señal.

Su ayudante Colman y Lutt, el prometido de su hija, no se habían movido de su lado.

De cuando en cuando, el profesor hacía algunas comprobaciones que no daban el menor resultado.

—Se lo he pedido —repitió Keitel, una vez más—. Les he pedido que confirmaran la llegada de su emisario. ¿Por qué no vuelven a comunicar?

Nadie podía responder. Todos vivían pendientes de aquel algo inconcreto que parecía flotar en el ambiente.

—Usted debe descansar, profesor —murmuró Lutt—. Podríamos establecer turnos.

—Sé que comunicarán. Lo sé... Por alguna razón que yo ignoro. Ellos confían en mí. Sólo les pido que materialicen su enviado. Ahora es como si estuviéramos ante un ser invisible. Y esto no basta para el presidente ni para los otros. Ellos quieren pruebas tangibles.

La comunicación del exterior de la casa llegó a través del receptor privado de Keitel.

—Llaman... ¿Quién será a esas horas? —comentó Golman.

El profesor dio la vuelta al conmutador de la pantalla de circuito cerrado que le permitía ver quién estaba en la puerta.

Y en la pantalla apareció la imagen de Sonner, el secretario del Departamento de Defensa.

—Yo iré —dijo Lutt, y salió del laboratorio para recibir al visitante.

—¿Qué le trae por aquí, Sonner? —inquirió al abrirle la puerta.

—Pues no lo sé exactamente. Pero necesito hablar con el profesor Keitel.

—Bien, pase... —murmuró Lutt, extrañado.

Sonner se reunió con los demás en el laboratorio y excuso su presencia:

—Verá, profesor... Han hablado de todas esas cosas en mi presencia y yo... yo fui quien transmitió el mensaje. No quisiera haberme equivocado.

—No, Sonner —repuso, desolado, Keitel—. Usted no se ha equivocado.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre realmente? ¿Es tan grave?

—Lo es, Sonner. Pero ya escuchó al presidente... Ya sabe lo que dijo.

—La reunión ha terminado, señor.

—¿Sabe lo que han dicho los técnicos de las computadoras?

—Dijeron que harían un repaso general. Admiten que puedan producirse interferencias.

—Así no llegaremos a ninguna parte —atajó Lutt—. Profesor, debemos activar ese refugio. Nos quedan tres meses. Tenemos que aprovecharlos.

—No. Eso no. Ya te dije que...

—Profesor, tiene usted el deber de hacerlo. Piense en los suyos. Y en la ciencia. Usted sabe lo que va a ocurrir; si no quieren escucharle, allá ellos.

Sonner, con voz profunda, murmuró:

—Creo que Lutt tiene razón.

Los otros tres cambiaron miradas entre sí. Aquellas palabras de Sonner resultaban poco menos que incomprensibles, y fue el profesor quien se encaró con él.

—¿Sabe, acaso, de lo que estamos hablando?

—Oh, pues... No, pero... Creí adivinar que pensaban construir un refugio. Y en ese caso, es lo más sensato. No espere ayuda del Departamento de Defensa.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Lutt,

—No. No lo sé, pero les conozco. Sé cómo reaccionan. Yo... Yo creo más bien en el profesor. Siempre ha hablado de forma sensata. Sí, tienen que construir ese refugio.

Y tras sus últimas palabras, Sonner dio la vuelta para marcharse. Luego, al quedarse nuevamente a solas los tres hombres, Golman rompió el silencio.

—Sonner no habla por hablar. Si ha mencionado el refugio es porque sabe algo.

—¿Algo? ¿Algo de qué? —intervino Lutt. —No sé —comentó, a su vez, Keitel—. No sé... Pero su comportamiento resulta un tanto extraño.

* * *

La luz roja oscilante no llegó hasta la mañana siguiente. El profesor seguía frente a la computadora. Golman dormía en una butaca y Lutt se estaba refrescando la cara tras haber pasado igualmente la noche en vela.

—¡Ahora! —exclamó Keitel.

El ayudante despertó de golpe y Lutt salió dellavabo.

El profesor captó el mensaje y lo colocó inmediatamente al Banco de Datos.

Tras una corta espera en la que todos se hallaban impacientes por conocer el resultado.

Keitel sacó la cartulina, la leyó unos instantes y la pasó a Lutt con aire fatigado.

El periodista leyó:

—Nuestro enviado está entre ustedes. Sus máquinas hablarán.

—Esto... Esto parece un antiguo jeroglífico —comentó Golman.

—No es eso lo que yo pedía —comentó el profesor como si hablara consigo mismo.

—Pero no hay duda de que tratan de decirnos algo —adujo Lutt, relejendo el mensaje—. «El enviado está entre ustedes... Las máquinas hablarán.» Debe tener algún significado.

—¿Por qué demonios nos hablarán en clave? —masculló Golman nuevamente.

—Puede... puede que no sea una clave. Profesor, trate de recordar —instó Lutt—. Le dirigen a usted el mensaje. Luego saben que usted puede localizar ese mensajero o enviado de ellos.

—Yo no soy adivino.

—De acuerdo, pero parece como si quisieran decirnos que tiene que ser uno... uno de nosotros.

—¿El mensajero uno de nosotros? —inquirió Golman, adoptando un tono festivo, pero ante la seriedad de los demás, hizo causa común y su rostro se orientó de acuerdo con las circunstancias.

—Uno de nosotros —repitió casi enigmáticamente—. No deja de ser absurdo. Todos pertenecemos a este planeta.

El profesor, tras un silencio, miró a Lutt y luego a su ayudante.

—Sí lo que Lutt ha insinuado, y no es que no lo haya pensado yo, fuese cierto, podrían... podrían habernos inculcado su forma de... de pensar... Como si habitaran en uno de nosotros...

—O sea que... hubiesen elegido a uno para representarles —musitó Golman, comprendiendo.

—Más o menos es algo así, pero en verdad cuesta de creer —continuó el profesor.

—Entonces, nuestro problema sería descubrir a la persona que hayan elegido —adujo Lutt.

—Podría ser su forma de materializarse, digamos —dijo el profesor, pensando en la extraña hipótesis.

—Su forma de materializarse... —repitió Golman—. ¡Como si fueran seres invisibles!

—Nosotros podríamos llamarles invisibles. Pero, ¿acaso sabemos de otras formas de vida? El aire por ejemplo —comentó Lutt.

—El aire nos da vida —replicó Golman.

—Bueno. He dicho el aire... No sé... Las bacterias... Cualquier cosa desconocida.

—Una cosa desconocida e invisible que fuera superior a nosotros... Es increíble —adujo nuevamente Golman, sacudiendo la cabeza como si estuviera ante una pesadilla.

El profesor, que había permanecido callado durante los últimos comentarios, dedujo:

—«¡Las máquinas hablaban!»... ¡Uf, qué calor hace aquí dentro! Algo debe suceder al climatizador. —Y se dirigió hacia el control que regulaba la temperatura interior de la casa. Lo colocó en su punto y añadió—: Espero que tengamos alguna señal... ¿Qué hora es?

Le comunicaron la hora y puso la pantalla televisora en funcionamiento.

—A veces suelen dar informaciones a esta hora. Quizá sea pedir demasiado, pero... ¡quién sabe!

Como si se tratara de tres recalcitrantes espectadores en espera de un programa, se sentaron en espera de alguna noticia.

Y la noticia no tardó en producirse.

—El día amanece caluroso, más caluroso que de costumbre; sin embargo, los termómetros no indican esa extraña anomalía. Alguien llamó a este fenómeno ««bochorno del ambiente», pero lo cierto es que en el día de hoy se recomienda regular las temperaturas-ambiente.

Esa fue la primera noticia del presentador de televisión al dar los buenos días.

El profesor quedó pensativo.

—Un aumento de temperatura. Comprueba los aparatos, Golman.

Golman se alejó para regresar inmediatamente:

—No registran el fenómeno. Y sin embargo...

Calló. Los tres hombres se miraron.

El locutor dio los sucesos más importantes de la noche.

—Un importante fallo en el control de la torre de señales estuvo a punto de producir una catástrofe aérea. La torre dio la orden conjuntamente a seis aparatos reactores para que tomaran tierra en la misma pista y en el mismo momento. Como se sabe, el problema del intenso tráfico aéreo...

El locutor continuaba con la noticia, pero el jugo de la misma ya había sido dado, y captado perfectamente por los tres hombres.

—Dirán más cosas... Estoy seguro —murmuró Keitel, esperando nuevas informaciones.

Y las dijo:

—Una avería eléctrica de treinta minutos de duración ha tenido paralizada a nuestra ciudad esta noche en lo que a los servicios de emergencia se refiere. Afortunadamente, durante el tiempo que los sistemas eléctricos fallaron no se produjo ninguna llamada de urgencia. Preguntadas las causas de la avería a la National Company, poseedora del mayor cerebro energético del país, ninguno de sus técnicos puede dar una explicación concreta. El servicio ha fallado y no se sabe por qué. Esto puede ser grave si no se verifica convenientemente el funcionamiento de un cerebro que quizá no sea tan perfecto como sus dirigentes han venido pregonando.

—¡Un momento! —exclamó Lutt—. Nosotros no hemos notado esa avería.

El locutor continuaba:

—La paralización ha sido total en todos los sentidos. Venimos recibiendo llamadas de diferentes centros oficiales a los que no podemos dar contestación respecto al fenómeno,

—No, profesor... Siempre hemos tenido energía —adujo Golman.

Y el locutor proseguía:

—Durante treinta minutos, los cerebros computadores del país han quedado paralizados. Seguimos esperando una información exhaustiva de los responsables. Esto podría ser grave.

El profesor desconectó la pantalla.

—Esto podría ser suficiente. El cambio de temperatura, lo de los aviones, la interrupción del servicio eléctrico...

Lutt adujo:

—Golman tiene razón. Nosotros no hemos tenido ninguna avería... Voy al periódico. Quiero averiguar todo lo que se sepa respecto al caso. Volveré en cuanto sepa algo en concreto.

—Sí, Lutt. Averigua lo que puedas. Esto puede ser muy significativo —comentó el profesor Keitel, pensativo.

CAPITULOVI

Ninguna explicación lógica, ningún dato concreto, nada que pudiera demostrar que lo que estaba aconteciendo fuese normal.

La temperatura había aumentado considerablemente, sin que ninguno de los aparatos detectara el fenómeno.

Tampoco había explicación por las causas de la avería del control de la torre de uno de los aeropuertos de la ciudad.

Referente a la interrupción de la avería, los técnicos ni siquiera se atrevían a divagar.

Lutt se enteró de acontecimientos similares producidos en otros lugares del planeta.

Por ejemplo, la paralización de toda clase de vehículos, averías totales en cerebros, pérdida de controles de diferentes fábricas que utilizaban computadores, mezcla de datos, confusión, caos...

¿Qué ocurría en el planeta?

—¡Tenía razón, profesor! Ellos han dado señales de vida. Todo lo ocurrido no puede ser casual.

Onna, la hija de Keitel, estaba en el laboratorio al lado de Lutt, y esperando una respuesta de supadre.

—Sí, Lutt. Esa es la verdad que ya he comprendido, pero falta que la comprendan los demás.

—Y ese hombre, su enviado, ¿tiene idea de quién puede ser? —preguntó el periodista.

—No. No lo sé. Y espero que actúe, que haga algo para convencer a los jefes.

—Papá —intervino la hija de Keitel—, Lutt me ha hablado de construir un refugio en las Cuevas... Creo que tiene razón. Mucha gente podría salvarse en caso de... de una tragedia.

Ante la mirada de Keitel a Lutt, este último se apresuró a disculparse:

—Perdone, profesor... Se lo he dicho a ella. Es necesario que lo

haga. ¡Tenemos que prevenir! La suerte del planeta está en juego.

—Lo sé.

—Convoque a todas las eminencias mundiales... Si los jefes no le creen, los científicos hallarán una base para confiar en usted. Usted es una personalidad reconocida en todo el planeta.

—Unareuniónde científicos...

—Sí, papá... Entre todos podríais... —adujo Onna.

—Entre todos —cortó el profesor— podríamos llegar a mí misma conclusión, o sea, que existe el peligro. ¿Y qué? Sabemos que no hay forma de contrarrestarlo. Si han sido capaces de aumentar la temperatura sin que los termómetros lo ratificaran..., si han averiado nuestras máquinas por espacio de media hora, si han hecho tantas cosas... ¿Cómo podemos protegernos de ellos?

—Nos protegeremos de nosotros mismos, Keitel —adujo Lutt—. De la incredulidad... o del triunfalismo de nuestros gobernantes que se creen los más poderosos.

—¡Convoque una reunión, Keitel! —adujo Lutt—. Yo hablaré en el periódico de ello. —¡No! —exclamó el profesor. —Tengo que hacerlo, el país y el mundo entero debe conocer la realidad, las circunstancias que vivimos.

—Te harán desmentir la noticia, Lutt. —Tenemos libertad.

—¿Libertad? ¿Lo has creído alguna vez? Sabes que te harán desmentir las noticias. Sobre todo para no llamar la atención, para que no cunda el pánico. Te harán rectificar.

—¡Nadie me hará rectificar, profesor! Yo siempre he servido a la verdad.

—A una verdad que nunca haya ofendido el modo de pensar de nuestros gobernantes... ¿Crees que soy idiota? No, Lutt, no existe tal libertad cuando con ella se puede poner en entredicho la capacidad de ciertos dirigentes. Te llamarían enemigo... Enemigo precisamente de la libertad a la que crees tener acceso.

—Lo diré de todos modos. Hable usted con el presidente nuevamente. Y convoque esa reunión.

—Lutt tiene razón, padre —adujo Onna.

—Está bien. Accedo a lo de la reunión... Y ojalá ellos presenten otros medios de mejor comprensión; de lo contrario, no sé..., no sé...

* * *

La noticia había aparecido en las tablas periodísticas firmada por Lutt.

«YA ES HORA DE QUE SE DESVELE EL MISTERIO.»

Así rezaba el titular. Luego venía la información más completa:

«Hace tiempo que nos hallamos amenazados. Entes de otros mundos nos instigan al desarme. Nos tratan de monigotes en posesión de juguetes que ponen en peligro la paz del cosmos. Nos instigan a la destrucción, pero nadie los hace caso. ¡Nadie de los que deberían ser los primeros en salvaguardar nuestra seguridad! Una seguridad falsa, porque no puede compararse con los medios y el poder de quienes nos amenazan y que ya han dado muestras de su capacidad, muy superior a la de nuestros pobres medios...»

El artículo proseguía. Hacía hincapié en los últimos sucesos ocurridos, y repetía la necesidad de la destrucción de armas que en poder de ineptos dirigentes constituían un peligro para el propio planeta, pero sobre todo para...

«Para la paz de otros mundos de los que no tenemos ni siquiera idea de cómo son.

«Nos creemos tan sabios que rechazamos y hasta nos reímos de

lo desconocido.

«Pobres de nosotros, tan orgullosos y triunfalistas...

«Existen muchos, quizá invisibles para nuestros menguados ojos, para nuestra limitada visión.

«¿Por qué no hacemos un acto de humildad sin esperar las consecuencias de quienes nos han advertido y ya han demostrado su poder...?»

Lutt tuvo que comparecer ante el secretario general de información, que venía a representar al presidente.

—Esta noticia es un magnífico relato futurista. Hágalo constar así, porque únicamente así puede aceptarse. De otro modo, tendremos que tomar serias medidas contra usted, Lutt.

La respuesta del periodista fue categórica.

—Nos hallamos efectivamente ante un caso grave. No puedo rectificar. Todos tienen derecho a conocer la verdad. Nuestro planeta no es para uso y disfrute exclusivo de quienes están en el poder.

—Eso es una impertinencia, Lutt. Tendré que tomar esas medidas.

—Pues ya puede tomarlas, pero el artículo no voy a desmentirlo. Ahora ya sabe a qué atenerse.

El periodista hizo acción de volverse, mientras el secretario se volvía hacia su dictáfono para ordenar:

—No quiero escándalos. ¿De acuerdo? Deténganlo y llévenlo a la sala especial.

Lutt, aun sin haber oído las posteriores órdenes del secretario, sabía perfectamente cuál era su situación; por ello, al llegar ante la escalera principal que conducía al vestíbulo, optó por tomar uno de los corredores.

Llegó hasta el final y allí pulsó el botón de uno de los elevadores que conducían a la cúpula del edificio.

Subió por él sin que nadie le dificultara el paso.

Las órdenes se sucedían en el interior.

—Lutt no ha aparecido.

—Búsquenlo. No debe hablar con nadie. Hay que detenerlo como sea —hostigó el secretario.

Lutt estaba ya en la cúpula, podía tomar otro elevador hasta la plataforma de despegue de helicópteros o subir el tramo a pie. Optó por lo último.

Le estaban buscando.

El encargado de los elevadores se hallaba también en la cúpula y el periodista le oyó hablar por

el transistor adaptado a una de las plataformas dé subida.

Aceleró la marcha para llegar cuanto antes a la plataforma.

El encargado ya avisaba a dos de los guardas de la cúpula para que lo siguieran.

Lutt alcanzó su meta. Al fondo se hallaban dos helicópteros de emergencia con sus pilotos discutiendo entre sí. Eran funcionarios de guardia en espera de alguna orden.

El periodista, sin titubear, se aproximó a los aparatos. Los pilotos seguían discutiendo.

Al fondo aparecieron los dos guardas.

—¡Allá va! —exclamó uno.

—Quiere tomar un helicóptero.

—No tiene ninguna orden especial.

Pero Lutt estaba ya en la escalerilla, y uno de los pilotos se volvió.

—¡Eh, amigo! —gritó.

Lutt, sin hacerle caso, alcanzó el aparato cuya puerta estaba abierta.

—¡Está loco! ¡Salga de ahí! —insistió el piloto, haciendo intención de impedir que subiera.

Lutt, sin vacilar, se metió, cerró la puerta y puso los motores en marcha.

Los agentes se aproximaban corriendo.

Lutt no era piloto oficial, pero como buen estudiante había aprendido en el curso de conocimientos especiales en el que figuraban los conocimientos elementales para el pilotaje de vehículos volantes de corto alcance.

—¡Cuidado! —gritó uno de los agentes—. ¡Hay que impedir que se vaya!

Cuando el piloto alcanzó la puerta, Lutt se remontaba ya por los aires.

—¡Sígale! Pueden acusarle de uso indebido de un aparato de emergencia del secretariado de Información —exclamó uno de los guardas.

Lutt estaba ya en plena marcha, pero el otro piloto enfiló hacia su aparato y se dispuso a seguirle.

Al intentar poner el mecanismo en marcha, algo se paralizó.

—¡Una avería! No lo comprendo. Esos chismes se revisan a diario.

Lutt pudo hacer el viaje sin contratiempos, pero por tierra seguían su trayectoria y él, desde el aire, se daba cuenta.

Tampoco quería comprometer al profesor yendo a su casa y buscó un lugar donde poder tomar tierra.

Los vehículos súperveloces que le circulaban por las carreteras seguían constantemente su pista.

Lutt vio un bosquecillo y se fijó en la carretera. Comprendió que tendría tiempo de tomar tierra antes de que pudieran alcanzarle porque la ruta describía una curva que le daría ocasión a tomar cierta ventaja.

Los tres vehículos rápidos tomaron rápido avance.

El periodista tomó tierra, pero había calculado mal su tiempo.

Se encontró solo, ante un inmenso campo verde, pero carente de refugios o escondrijos donde guarecerse.

Fue entonces cuando vio a los tres automóviles a unos quinientos metros de distancia, cuando vio el otro vehículo.

Era uno de los llamados bólidos terrestres con alas, vehículos de superficie que podía elevarse y remontarse a varios metros.

Junto al coche había un hombre. No era un desconocido. Era Sonner. El secretario.

—¡Por aquí! —gritó.

—¡Sonner! —exclamó Lutt.

No tuvo tiempo de preguntarle qué estaba haciendo allí, ni cuan oportuna le resultaba su ayuda. Se metió con él dentro del bolido capaz de deslizarse sobre todo terreno.

Y el bolido arrancó a velocidad vertiginosa sobre el verde campo de césped.

Se remontó en el aire dejando atrás a los vehículos seguidores de Lutt.

Luego, el vehículo de tierra-aire tomó rumbo al mar, desplegó sus alas y se posó sobre las aguas avanzando siempre a la misma velocidad que jamás perdía fuera cual fuere la superficie que cruzara.

Fue entonces cuando Lutt comentó:

—Su intervención no ha podido ser más oportuna. ¿Qué hacía usted, Sonner? Se diría que me estaba esperando.

La respuesta del conductor del súperdinámico vehículo fue tan concisa como misteriosa para el periodista:

—Sí, le estaba esperando.

Y se volvió hacia Lutt y le miró de forma enigmática.

El vehículo, tras andar largamente sobre la superficie marina, se remontó por los aires. Atravesó nuevos campos, describió un círculo para ir por una carretera de tipo secundario, en el lugar más infesto e inhóspito de la región.

Se detuvo bruscamente al pie de una colina rocosa donde había la entrada a unas grutas.

—Escóndase aquí —dijo—. Avisaré al profesor.

Y sin dar más explicaciones, Sonner se alejó.

CAPITULO VII

Los periódicos se apresuraron a desmentir la noticia, al igual que todos los medios de difusión del país. La televisión, los ««hilos particulares»» y los medios de «información directa» explicaron todos la misma versión.

«Informador público que ha perdido la razón, intenta sembrar el pánico. No hay motivo de alarma alguno para el país, ni para el planeta.

»Crear una sicosis de terror en nuestros días sólo puede obedecer a mentes desequilibradas. Nuestra nación no sólo es la más poderosa, sino la mejor preparada para afrontar cualquier emergencia. Pensar en enemigos de otros planetas es pura fantasía propia de locos...»

El profesor llevó las informaciones a Lutt en la cueva. Era un lugar hasta cierto punto confortable. Las baterías proporcionaban luz que daba una perfecta claridad a las paredes naturales del lugar.

Había un calentador para las comidas y un lecho primitivo.

—Fíjese, Keitel. Todo esto me lo ha proporcionado Sonner. ¿Qué opina usted?

—Sonner —repitió el profesor, y tras un silencio añadió—: ¿Piensa usted algo especial?

—Pues no sé. Pero, ¿y si fuera nuestro hombre?

—El enviado de ellos —murmuró el profesor, pensativamente.

—Lo he estado pensando.

—Sonner no sabe nada. Espere. Usted mismo podrá hablar con él. Está fuera. Ha sido él quien me ha traído. Le dejaré esto aquí.

El profesor dejó una computadora miniatura. Era una de las novedades más recientes para casos de aislamiento.

La dejó sobre una piedra y salió para regresar con Sonner.

—¿Se encuentra bien aquí? —inquirió el secretario.

—Perfectamente —repuso Lutt.

—Sonner... —empezó el profesor—. Tenemos algunas preguntas que hacerle... Es respecto a su intuición —vaciló el profesor.

—¿Mi intuición?

Lutt expresó su motivo de extrañeza por el hecho de que Sonner estuviese en el lugar preciso cuando él mayormente lo necesitaba.

—Conocía usted esa cueva. Y sabía que yo era perseguido.

La respuesta de Sonner, de tan simple fue hasta desconcertante para los dos hombres.

—Yo estaba en la oficina de Información cuando dieron la orden de captura.

—¿De mi captura? —inquirió el periodista.

Sonner asintió.

—Así es. Pensé que intentaban hacerle rectificar su información y que usted se negó. Me dije que debía ayudarle. Usted es amigo del profesor Keitel, a quien tengo en gran estima. Por otra parte, yo comparto su verdad, ¿comprenden? Su verdad... Me creí en el derecho... y hasta en la obligación de ayudarle.

—Gracias —musitó Lutt.

—¿Desea algo más que yo pueda hacer? —inquirió el secretario, con su tono servicial, pero siempre enigmático.

Lutt saltó sin reservas.

—¡Sonner! ¿De quién recibe órdenes?

—Del mando, como todo el mundo —sonrió.

—Humm... ¿No ha tenido contactos? —insistió Lutt.

—¿Qué contactos?

Lutt cambió una mirada con Keitel y desistió de interrogar. Todo era demasiado extraño, acaso demasiado sutil.

* * *

La orden de cese para Keitel no se hizo esperar, y el profesor tuvo que desalojar su casa.

Sonner cuidó de buscar una nueva residencia al profesor y a su familia, cuando ya las eminencias científicas mundiales estaban avisadas.

La nueva residencia de Keitel estaba en las montañas, cerca de la cueva de Lutt. Era una vieja mansión abandonada por alguien que prefería vivir en el bullicio de la superpoblada ciudad.

La instalación duró poco, porque Sonner y otros amigos del profesor cuidaron de ayudarle en montar sus cosas.

Keitel, sin embargo, sólo pudo quedarse con un pequeño aparato, y una computadora especial que hacía las veces de Banco de Datos, aunque en pequeña escala.

Se tardó un mes en conseguir que la reunión pudiera tener efecto, pero al no ser convocada con carácter oficial mermó asistencia de personal.

En el día convenido, sólo doce eminencias mundiales se presentaron a la cita.

Keitel autorizó la presencia de su familia, su esposa y su hija Onna.

Naturalmente, Lutt estuvo presente y también Sonner que se había ganado por derecho propio su asistencia.

Una mesa redonda en el improvisado laboratorio de Keitel sirvió para que en derredor de la cual tomaran asiento los profesores extranjeros.

—Disculpen por esta improvisación —empezó Keitel al abrir la sesión.

Los detalles era lo que menos importaban a los convocados, y Keitel

pudo exponer brevemente lo que le había movido a llamarles.

—El señor Sonner nos advirtió, y le creímos plenamente —dijo uno en nombre de todos los asistentes.

Otro se levantó para decir:

—Nos interesan muchos sus informes, profesor, aunque nos gustaría poder tener una prueba de ellos. No obstante, si no estuviera en condición de darla, aceptaremos igualmente todo lo que usted pueda aportar.

—En estos momentos, mis medios son muy reducidos —adujo Keitel, emocionado por la prueba de confianza—. No obstante...

Sonner se creyó en la obligación de interrumpir al profesor.

—Profesor Keitel, la pequeña computadora tiene alcances ilimitados. Póngala a prueba. Quizá no eche de menos los medios que poseía antes.

Apenas Sonner había terminado su vaticinio, cuando una luz roja, intermitente, daba una señal.

Keitel no se sobresaltó. En seguida comprendió que para alguien no había medios imposibles.

Un mensaje le fue transmitido, y el mensaje descifrado en el limitado Banco de Datos fue el que ya Keitel conocía:

«Ultimo aviso.»

Uno a uno, todos pudieron leer aquel par de escuetas palabras.

Y uno a uno se miraron.

Lutt, sin poderse contener, exclamó:

—¡Es extraordinario! Tienen medios para comunicarse por cualquier sistema.

Uno de los reunidos inquirió:

—¿Y qué opinan de eso sus dirigentes?

El profesor negó con la cabeza.

—Nada. Piensan que se trata de anomalías de nuestras computadoras. Pero yo digo que no puede ser. Han venido retransmitiendo sus mensajes de forma periódica, y han contestado a su modo a cuanto les he pedido.

—Profesor Keitel —adujo otro—. Nos han hablado de un enviado, de un emisario. ¿Es cierto esto?

—No sabría qué decirles. Ellos dicen que está entre nosotros.

—¿Y quién es? —preguntaron varios a la vez.

Keitel volvió su mirada hacia Sonner, a quien también estaba observando Lutt en aquellos momentos.

Todos los ojos convergieron en el mismo lugar.

Sin embargo, en aquellos momentos Sonner parecía ausente, como alejado de aquella reunión.

CAPITULO VIII

La noticia estaba ya en las calles de todo el planeta.

No se ofrecían ribetes sensacionalistas, simplemente la Prensa recogía la impresión de los científicos.

Únicamente el Senado del país más poderoso del mundo puso el grito en el cielo.

—¡Debió jubilar antes a ese loco! —gritó alguien refiriéndose al profesor Keitel.

—¡Seremos el hazmerreír de todo el orbe! —rugió otro.

El encargado de las computadoras, responsable del buen funcionamiento de todos los aparatos oficiales no se había pronunciado. Y era a él a quien observaba el presidente en la urgente reunión.

Pero el hombre no dijo nada.

El presidente, tras lanzar un suspiro, murmuró:

—Lutt ha desaparecido. Nadie sabe dónde está. Tampoco tenemos noticias del profesor Keitel, ni de su familia.

—¡Hay que buscarle y hacerle desmentir la noticia públicamente —espeté el jefe de la Defensa—. Hablan de una reunión. . ¡Una reunión secreta! ¡Esto no es serio!

—¡Silencio, señores! —increpó el presidente—. Piensen que Keitel no es el único científico de nuestro planeta. Tampoco es la primera vez que me habló de esas comunicaciones... Yo no quería darles importancia. Esperaba que se me confirmara alguna anomalía. —Y el presidente fijó su atención en el responsable de las computadoras..., que seguía callado.

Tras la breve pausa, el presidente prosiguió:

—No se ha confirmado ninguna anomalía. Todo ha quedado en sospechas, en vaguedades... Pero esos otros científicos no han tenido la menor vacilación en creer que algo puede haber de verdad en todo esto. Y creo que ha llegado el momento de las respuestas concretas.

Se imponía una respuesta del responsable de las computadoras.

Tras un silencio, el hombre sacudió la cabeza de forma negativa:

—No. No hay error. Por lo menos, mi gente no ha sabido encontrarlo.

Se hizo un silencio más largo, más angustioso.

¿Qué podía significar aquello?

¿Acaso eran verdaderas las palabras de Keiter cuando afirmaba que alguien había lanzado un ultimátum al planeta?

Y el silencio prosiguió hasta que el presidente, rompiéndolo, se puso en pie y murmuró:

—¡Señores! El asunto podría ser grave... De verdad.

Nadie replicó.

—Señores —siguió el primer magistrado—, según el profesor Keitel, se nos pide el desarme total. La no utilización del armamento moderno... Y la razón que dan para ello es que estamos destruyendo partes vitales del cosmos. Si he de serles sincero, siempre pensé que esto podía ser una trampa de nuestros enemigos. Un artificio, un ardid..., algo deliberadamente pensado para dejarnos sin defensas, y que luego los enemigos de nuestra nación utilizarían en su provecho. ¡Para atacarnos!

—¡El presidente tiene razón! —exclamó la voz de uno de los reunidos en la asamblea.

—¡Es una trampa! —arguyó otro.

—¡Un momento, señores! Podría serlo... Es cierto. Pero he leído las informaciones de los periódicos extranjeros. Todos coinciden en que el mensaje llegó hasta Keitel por procedimientos poco corrientes. Por lo visto, Keitel no dispone de ninguna computadora moderna. Tiene instalado, en algún lugar, una máquina rudimentaria.

Tras una pausa, añadió:

—Alguno de los profesores se maravilló de que alguien pudiera comunicarse desde el espacio por medios tan anticuados.

—Puede ser una argucia —manifestó el jefe de la Defensa.

—Existen muchos testigos —replicó el presidente—. Yo diría que

demasiados.

Otro largo silencio. El asunto no era como para tomarlo a la ligera y a pesar de las protestas de algunos, todos sabían que el presidente no les hubiera convocado si el caso no lo considerase de suma gravedad.

—Señores, el asunto está en vuestras manos —continuó el primer magistrado—. El planeta entero espera que seamos nosotros quien demos el ejemplo.

Como no hubo respuesta, el presidente añadió:

—Keitel me habló una vez de construir un refugio. Tras su huida tuvo ocasión de hacerlo con sus propios medios. Pero no lo ha hecho. Me ha enviado un mensaje que no se ha podido localizar.

Accionó el aparato que tenía junto a sí y se lo puso en funcionamiento.

La voz del profesor surgió del aparato. Todo el mundo prestó la mayor atención a aquellas palabras.

—Por primera vez, he hecho algo en contra de las normas —dijo la voz del profesor—. Por primera vez he desertado de mi puesto, aunque en realidad no sea un abandono, puesto que usted mismo, señor presidente, me comunicó mi inmediata jubilación. Pero no por ello he dejado de ser ciudadano de mi país, ni habitante de nuestro planeta.

Todos escuchaban ensimismados.

—Una reunión de científicos que he convocado me obliga a darle una última oportunidad para salvar nuestro habitáculo.

El profesor hizo una pausa en su mensaje a través del aparato auditivo.

—Usted sabe las condiciones, señor presidente... —continuó la voz del científico—. Ellos, mis colegas de otros lugares, también me han dado la razón. Ahora sólo usted tiene la palabra. ¡El desarme! ¡La destrucción total de las armas modernas de las que hacemos mal uso...! O construya un refugio para la humanidad... Se me ha propuesto hacerlo, pero los fondos de que dispongo no son míos. Antes de abandonar mi domicilio, firmé mi renuncia. Todo el dinero está a su disposición, señor presidente.

Se hizo una nueva pausa, y luego, siempre a través del receptor, la voz del profesor concluyó:

—Su respuesta debe transmitirla por los medios ordinarios y según la clave Z. Z. K. Nomenclato Alfa. La voz del profesor cesó. El silencio había invadido la asamblea.

El presidente interrumpió nuevamente el silencio para proponer:

—Señores... Les concederé un tiempo prudencial para que juzguen por sí mismos.

—¿Usted qué opina, señor? —inquirió uno de los reunidos.

—No puedo asumir tan grave responsabilidad —fue la réplica del presidente.

-63

Se insistió en que podía tratarse de una trampa para atacar al país, se dijo que si el presidente hacía caso de los comentarios sería como una prueba dedebilidad.

No faltaron voces exaltadas que repitieron como un slogan que: «El país era el más poderoso de todo el planeta».

Y también:

«Somos los mejor preparados.»

Se hizo alusión al patriotismo.

Al final, los congregados se reunieron para deliberar.

En esencia nadie creía en el peligro del planeta, pero la actitud serena y reflexiva del presidente les mantenía en vilo. Luego estaban también las palabras de Keitel, y todo el mundo sabía que Keitel había sido siempre comedido y ponderado, y que nunca lanzaba al aire informes que antes no hubiese estudiado detenidamente.

Y entretanto...

Entretanto, en el improvisado pero seguro refugio, Keitel seguía esperando.

Keitel se hallaba con sus más leales: su ayudante,

Lutt y su hija.

Y fue el profesor, quien rompiendo el silencio musitó:

—He recibido un comunicadode varios representantes extranjeros. Si no se procede al desarme, todos están dispuestos a colaborar en la construcción de un refugio seguro. Me piden también que transmita que los ciudadanos no tienen la culpa de la decisión de sus gobiernos, que los gobiernos, a fin de cuentas, no son más que representantes del pueblo, pero que forzosamente los pueblos no tienen que estar conformes con ellos.

—Tienen razón —adujo Lutt—. No podemos esperar que el presidente decida. Hagamos ese refugio.

—Si cada cual obra por su cuenta, no conseguiremos nada —musitó el profesor—. Una obra de esa clase no se improvisa. Y ya quedan menos de tres meses.

—Sí. El factor tiempo es importante. ¡Profesor! ¿Por qué no comunica con todos los colegas? Se podría construir un refugio único, con el esfuerzo de todos.

La idea partió de Lutt, quien añadió:

—Yo tengo amigos dispuestos a colaborar, y conseguiremos ayuda financiera. Al fin y al cabo, si la obra se hace en serio podrá albergar a un considerable número de personas.

—¿Cuánto es un considerable número? —murmuró el profesor, pensativo—. ¿Mil, dos mil? Aunque fuera un millón. ¿Y los demás? ¿Quién va a elegir a los que tienen que salvarse o no? ¿Acaso tú serías capaz de erigirte en verdugo de los que no tuvieran cabida en ese refugio?

Lutt y Golmar cambiaron una mirada. Comprendían perfectamente el punto de vista del profesor, su desazón...

¿Quiénes iban a salvarse? ¿Quiénes iban a morir?

—A la hora de la verdad, todo el mundo querrá tomar privilegios

espaciales —siguió el profesor.

Sí. Era una decisión difícil de tomar, incluso en aquel momento en que el hipotético refugio ni siquiera había empezado.

Golman, al fin, comentó:

—Los científicos deberían tener prioridad. El mundo del futuro... Lo que quede del planeta, si es que los otros piensan destruirlo, deberá ser reconstruido. ¿Y quién puede hacerlo mejor?

El profesor sonrió tristemente:

—No. A los científicos nos acusa de que nuestros inventos han llegado a ser los causantes de las guerras.

—¡Porque han sido mal utilizados! ¡Ningún invento se hizo con fines bélicos! Nada se ideó para esclavizar o exterminar a la humanidad.

—No, Golman. No todo se hizo así, pero otros inventaron las armas gracias a la técnica de nuestros descubrimientos. Quizá el mundo sería mucho más feliz sin tanta perfección —rectificó en seguida para añadir—: ¿He dicho perfección? No... No es tan perfecto como muchos pretenden creer. La prueba está ahí. Esos vigilantes del espacio dicen que no sólo nos estamos destruyendo a nosotros mismos, sinoque contaminamos el cosmos. De modo que... ¿Dónde está la perfección?

Lutt miró el calendario. Faltaban sólo setenta días por el sistema de medición del tiempo del planeta para que se cumpliera el plazo.

¿Qué ocurriría?

¿Cómo sería el ataque de los otros si las naciones no destruían las armas?

¿Quiénes eran los otros?

CAPITULOIX

El Gobierno había dicho no.

Faltaban cincuenta días.

Lutt no se había quedado inmóvil, con la ayuda de varios técnicos construía una aeronave.

En el llano entre las rocas, técnicos renombrados trabajaban con instrumentos que cada cual había aportado.

Onna apareció para repartir el refrigerio entre los diez que estaban trabajando.

—¿Cuándo calculas que estará? —inquirió ella, tras repartir la comida.

—Todavía falta bastante, pero llegaremos a tiempo —repuso el periodista, que ya había dejado sus tareas profesionales.

—Creí que no lo conseguirías.

—Ellos —y señaló a los que trabajaban— también quieren salvarse. Por eso me han ayudado.

—Pero fuiste tú quien les convenciste.

—Quería salvarlos, a ti y a tu padre, por lo menos. Era necesario hacer algo. Si no pueden ser todos los que sobrevivan a la hecatombe, al menos seremos los que creemos en tu padre.

—¿Y sus familias..., las de los técnicos?

—También tendrán plaza. La nave tendrá capacidad para cincuenta plazas. Creo que entre todos seremos cuarenta y nueve.

—Faltará uno.

—No importa. Mejor—repuso él.

Y en seguida volvió con los demás para colaborar.

También el profesor Keitel trabajaba activamente, consultando planos, rectificando, solventando los problemas que iban presentándose a medida que la construcción avanzaba.

Cuando faltaba algún material era preciso extraerlo.

—Esta noche debemos hacer una visita a la base IV —informó uno de los técnicos.

Aquello significaba que había que robar algo, pero nadie lo consideraba un robo.

Golman decía:

—Al fin y al cabo, el Estado ya lo tiene cobrado con nuestros impuestos.

—Tened cuidado —pedía Onna y hablaba especialmente para Lutt.

Luego, siempre con Lutt al frente, llegada la noche, el helicóptero que habían conseguido se ponía en marcha y...

Los técnicos sabían ya cómo entrar, por algo habían trabajado durante años.

Todo salió bien, sin causar daño a nadie se limitaban a utilizar un arma inofensiva. Una pistola que vomitaba un gas invisible, adormecedor. Producía un sueño natural.

Golman, que iba también en la expedición, murmuró cuando uno de los guardianes estuvo dormido:

—El profesor no aprobaría esto. Diría que se utilizan los inventos con fines distintos a lo que fueron creados. Este gas se inventó para las intervenciones quirúrgicas, cuando se comprobó que sus efectos eran mejores que el cloroformo u otros anestésicos conocidos, y que los pacientes lo asimilaban mejor, especialmente porque no existía el problema de su eliminación.

—No hacemos mal a nadie, pero es mejor que el profesor no lo sepa. Es demasiado bondadoso para luchar incluso por su propia vida —repuso Lutt.

La operación tuvo éxito y de ese modo pudo continuar la construcción de la nave.

Los helicópteros del servicio de vigilancia realizaban frecuentes inspecciones aun en las zonas más apartadas, pero jamás llegaron a descubrirles.

Un camuflaje a base de ramas cubría en parte las rudimentarias instalaciones, pero Lutt sabía que el sistema no era perfecto.

Ahora, a los cuarenta días de la fecha tope, observaba el cielo. Un grupo de tres helicópteros se alejaba.

—Es extraño —comentó con Golman—. Parece como si se olvidaran de esta zona.

—Es verdad. Jamás han sobrevolado encima de nuestras cabezas.

—Ni han tomado tierra tampoco.

Y aquello daba que pensar a Lutt.

Posteriormente lo comentó con el profesor.

—Sí, ya me he dado cuenta —repuso Keitel.

—Se diría como... como si estuviésemos protegidos por... algo o por alguien —adujo Lutt.

No hubo respuesta. Keitel seguía mirando su pequeña computadora, esperando nuevos avisos que no llegaban.

* * *

Faltaban sólo veinte días. La conmutadora seguía silenciosa.

Era de noche y los constructores de la nave descansaban. El artefacto parecía casi terminado.

Lutt y Onna paseaban bajo la luz de los lejanos soles, aquellos puntitos luminosos que brillaban en lo alto.

Para el amor nada había de científico en el cosmos. Las estrellas seguían sirviendo de inspiración para los enamorados.

Lutt y Onna se querían.

—Sólo unos días más y estará lista. Lo probaremos primero.

—¿Puedo ir contigo? —inquirió ella.

—Puedes, sí, pero prefiero que no lo hagas. Si hubiese algún fallo...

—Si hubiese algún fallo, nos quedaríamos sin nave. Moriría de todos modos.

—No pienses en esto.

—Te quiero, Lutt.

El la besó. Le demostró con su caricia lo que no decían sus palabras. Había estado demasiado ocupado y preocupado por todo. Ahora estaba casi listo.

La abrazó con fuerza y volvió a besarla.

—Todo podría ser mucho más fácil, pero siempre se han empeñado en complicar la vida.

Golmar salió del refugio, gritando:

—¡Eh, Lutt! ¡Onna! Venid... Ha ocurrido algo.

De nuevo el amor tuvo que ser relegado a segundo término. ¿Qué había ocurrido?

Lo supieron al reunirse con Keitel.

—He recibido información del sector central del Continente. Ha habido una explosión. Un depósito de armas ha estallado. Tres naciones se han volatilizado y hay peligro de contaminación.

—¿Cómo ha sido? —inquirió Lutt.

—¿Y cómo puede saberse? No ha quedado nada. Los detectores de los países vecinos lo han registrado. En estos momentos, aparatos de reconocimiento tratan de acercarse, pero la humareda les impide llegar más cerca. Además, existe el peligro de contaminación. El radio de acción de la radiactividad abarca casi todo el continente.

Golman murmuró:

—¿Cree que puede ser el principio del fin?

—No es posible —exclamó Lutt—. Todavía faltan veinte días —y miró el calendario.

Tras un silencio, el profesor murmuró:

—Quizá intentan manifestarnos que el fin puede producirse en un momento. Un estallido ha bastado para reducir a la nada a tres naciones. En todo caso, puede ser un aviso.

* * *

Diez días.

—Ya está listo —dijo el que había llevado la parte principal en el mando de la construcción.

Sí. La nave grande, de aspecto poderoso estaba allí, recién terminada y a punto de ser puesta a prueba.

Bastaba un piloto y un ayudante. Lutt quiso ir como pasajero para asimilar los sistemas.

—¿Habrà suficiente combustible? —preguntó Golman.

—Tenemos dos cápsulas radiactivas. Permiten un vuelo continuado de un año cada una, sin repostar.

—Pero ahora necesitaremos una —adujo Lutt.

—La prueba se hará sin la cápsula, combustiblesólido normal. Despegará como un helicóptero de los corrientes en nuestro tiempo. El paso a la estratosfera lo conseguiremos por procedimientos normales, bastará una chispa para la aceleración. Ahora... a esperar que no haya ningún fallo.

* * *

Todo estaba a punto para el gran experimento. Los pilotos eran Tornwall y Ademir. Lutt embarcó con ellos.

Los sistemas electrónicos funcionaron perfectamente en cuanto al ajustado de piezas, al cierre perfecto de puertas y compuertas, etcétera.

Los mandos podían manipularse desde la misma nave.

Darro, el jefe de los constructores técnico y científico a la vez, desde tierra murmuró:

—Si como espero sale bien, esta noche podrá trasladar a sus familias aquí con lo más indispensable. Si el profesor no dispone otra cosa, podemos partir antes de que llegue el último momento.

Todos se volvieron hacia Keitel.

—Por mí no hay inconveniente.

—Bien. Entonces, listos para la prueba. Apártense. Es por los gases.

Con un intercomunicador, Darro dio señales.

—¿Pueden oírme bien?

—Sí —contestó el piloto desde la nave.

—¡En marcha y suerte!

—Hasta la vista.

Golman, en broma, murmuró:

—¡En! Acuérdense deregresar. Les estaremos esperando.

El piloto manipuló en la palanca. —
Dispuesto para despegue. Reviselos controles.

El ayudante Ademir pulsó los botones. —Acelere el gas. —Gas acelerado. —Impulsores. —Conectados. —Palanca de empuje. —Lista. —Adelante...

Un silbido profundo que aumentó de volumen fue el preliminar. Luego la nave se elevó vertical y lentamente como un montacargas.

—¡Velocidad! —exclamó el piloto y todos podían oír su voz a través del aparato de Darro.

El subido se convirtió en onda fuerte, penetrante, y la nave alcanzó

una velocidad vertiginosa, como si se tratara de un cohete retropulsado.

Pronto la imagen metálica de la nave se confundió en lo alto y resultó difícil seguirla.

—Bien, señores. Esto marcha —dijo Darro. La nave ya estaba lejos del alcance del ojo normal de ningún ser viviente.

En aquellos momentos, el pitido anunciador de

una emisión a través de la computadora reclamó la atención a Keitel.

Momentos después, el profesor captaba un mensaje emitido por luz roja.

—¡Es de ellos! —exclamó.

Golman y Onna se personaron rápidamente al improvisado laboratorio.

Keitel pasaba la cartulina al Banco de Pruebas.

—Anuncian que hay un fallo técnico en la nave.

—¿Lo anuncian? ¿Quién?

—¡Ellos! —exclamó el profesor.

CAPITULOX

—Algo no funciona. No consigo dominar la nave.

Tornwall intentaba hacerse con los mandos. Lutt no comprendía bien lo que ocurría.

—¿De qué se trata?

—No lo sé. Pero vamos a la deriva.

—¿Dónde estamos?

El ayudante Ademir examinó la pantalla de coordenadas e informó:

—Estamos describiendo una órbita alrededor del planeta, con tendencia a apartarnos.

—¿Es grave? —siguió preguntando Lutt.

—Podría serlo si no hallamos el fallo —repuso Tornwall, manipulando los mandos.

—¿Se puede comunicar con nuestra base? —preguntó otra vez Lutt.

—No tenemos medios suficientes. Nuestros transmisores son de corto alcance. Deberemos apañarnos-las nosotros mismos.

—Creo que es la transmisión de gases. Está obstruida. Mira el oscilador —indicó Ademir.

Tornwall comprobó lo que decía su ayudante y asintió.

—Sí, es esto. Hay que arreglarlo desde abajo.

—Yo iré —dijo Ademir.

Abajo quería decir el reducido cuarto de máquinas. Allí donde estaba todo el engranaje para el funcionamiento de la nave.

—Voy a necesitarle a usted, Lutt —dijo el piloto.

—Yo no entiendo gran cosa. Todo lo he aprendido en este tiempo.

—No importa. Yo le diré lo que tiene que hacer. Mientras Ademir trata de arreglar la obstrucción, yo debo cuidar de la nave, usted siga mis instrucciones.

—De acuerdo.

Ademir pulsó el botón que levantaba la tapa por la que se descendía a la parte baja de la nave.

Detrás de la cabina, sin más separación que un pupitre para operaciones auxiliares, estaba el gran compartimento para albergar a los futuros pasajeros. Bancos flexibles y reclinables en derredor y mesas desplazables en el centro.

Al fondo de todo estaban las cabinas destinadas a dormitorio, en forma de literas igualmente graduables. Doce literas cuádruples. Eran suficientes porque por lo menos dos personas tenían que estar siempre en la cabina vigilando las incidencias del vuelo.

Abajo, Ademir había comenzado a manipular. Su voz llegaba a través del intercomunicador.

—Botón nueve.. Expulsión de gases. Comprobar.

—Es el segundo a su izquierda. Púlselo y no lo suelte hasta que Ademir se lo indique.

Lutt siguió las instrucciones del piloto y pulsó el botón.

—¡Cierre, cierre! Hay pérdida de gases —exclamó Ademir.

Lutt soltó el botón y la voz de Ademir volvió a surgir:

—Tendré que soldar el escape. La presión ha originado la avería. Cuando regresemos habrá que revisar esto.

—Date prisa, Ademir —repuso el piloto—. Ahora el desvío es más notable. La nave se escapa cada vez más.

—Hago lo que puedo. Reduce la presión.

Y el piloto dio instrucciones a Lutt.

—Pulse la palanca cinco, hacia usted —se fijó como lo hacía—. Más, más... A tope. Está bien... Suéltela ahora.

—Palanca tres. Contacto fuera.

Lutt esperó a que le indicaran lo que había que hacer. Luego miró a través del visor. El planeta se veía a intervalos y era una forma redonda, cada vez más pequeña.

—Nos alejamos, ¿verdad?

—Demasiado.

—Tornwall... ¿Qué es lo que más le preocupa?

—Mi familia y todos los que han quedado abajo.

—¿Teme que...?

—Mire, Lutt; no puedo prescindir del combustible porque entonces iríamos completamente a la deriva, y si lo gastamos y la avería tarda en repararse, nos quedaremos sin poder volver. Estamos atrapados. ¿Comprende?

—Entonces...

—El peligro está en que podemos quedarnos para siempre aquí. Bueno, flotando en el espacio. Habríamos hecho todo esto para nada.

Sí. La situación era grave. Apurada.

* * *

—¿No podemos hacer nada por ellos? —preguntó Golman al profesor.

Keitel cambió una mirada con Darro.

En la cueva estaba el resto de los hombres. Todos pendientes de la suerte de la nave.

Darro negó con la cabeza.

—No podemos comunicarnos. Ignoramos qué clase de avería es la que tienen.

—De todos modos, ellos han tenido razón —dijo Golmar—. La avería existe. Ya deberían estar de vuelta.

Silencio en todos los presentes. Silencio y preocupación. No era sólo la vida de Lutt y la de los pilotos la que peligraba, sino la de todos. Sin nave estaban perdidos.

Ahora un oscilador de la computadora emitió una señal y Keitel se dispuso a leer los datos.

En pocos momentos, todos estuvieron al corriente de una nueva catástrofe.

—¡Otra explosión! Esta vez al este del planeta.

Aguardaron nuevos datos.

—Un Estado. El más importante del Continente.

—¿Qué? —inquirió Golman.

—¡Ha desaparecido!

—Es otro aviso. Otro aviso que nadie quiere oír.

—¡Esperen! Hay una comunicación. Conecten la pantalla —exclamó el profesor.

La figura y la voz del presidente surgieron a través de los rayos catódicos:

—Todos conocen la decisión del Gobierno, que es la de afrontar los peligros. Se ha dramatizado demasiado sobre ese supuesto ultimátum que seres de otros mundos han lanzado sobre nuestro planeta. ¡Que nadie pierda la serenidad! Estamos preparados.

La pantalla se ennegreció como si se tratase de una interferencia. Duró poco tiempo. La figura del presidente volvió a surgir para en gesto algo dramático, pero siempre firme en su voz, añadir:

—Acaban de informarme de una catástrofe ocurrida lejos de nuestro país. Al parecer, es similar a la que hace diez días asoló la parte central del Continente. Es lamentable que ocurran estas cosas, pero nada tiene que ver con esa supuesta amenaza anónima.

—¡Cierra esto! —gritó Darro—. Perdone, profesor

—añadió.

—Sí, desde luego. Puede cerrarlo, y volvamos a los hechos. Si intentáramos... No cuesta nada probarlo.

El profesor inició una transmisión que nadie sabía a quién iba dirigida.

El propio Keitel aclaró:

—Ellos nos han informado. Pretenden ayudarnos. Quizá ahora nos den la solución.

Y Keitel aguardó una respuesta.

* * *

—¡Es inútil, Tornwall, tardaré horas en arreglar esto! Ahorracombustible.

Ademir había asomado. Estaba agotado, sudoroso, a pesar de lo bien climatizado del ambiente.

—Nos hundiremos en el espacio —repuso Tornwall.

—Pero conservaremos el combustible. Quizá para el regreso, con suerte, nos baste una punta de chispa. De cualquier modo, es la única esperanza.

Lutt murmuró:

—Yo no entiendo mucho, pero si desconectarán el gas por completo y utilizarán el conducto del oxígeno...

Los dos técnicos cambiaron una mirada.

—No es mala idea, pero vamos a desperdiciar una gran cantidad.

—¿Bastaría para regresar al planeta? Tornwall consultó el plano.

—Todavía no estamos muy lejos de la órbita. Podría bastar.

—Reserven sólo el indispensable para nosotros... —añadió Lutt.

—De cualquier forma, es arriesgado, pero cada segundo que pasa nos aleja más —murmuró Ademir.

—Entonces no se hable más. Voy a conectar los tubos —resolvió Tornwall.

Lutt dejó su puesto al copiloto, que murmuró:

—Lo ha hecho muy bien, Lutt. Y ahora ha tenido una buena idea.

Debió haberse hecho piloto.

—Listo, Ademir —dijo Tornwall.

Los tubos estaban conectados. El piloto cerró el gas y pulsó el botón del nuevo conducto.

La nave experimentó una brusca sacudida.

—No es nada —dijo Ademir.

—Esto va bien —adujo el piloto, mirando el giro de la aguja osciladora.

—¡Estupendo! —exclamó Ademir al instante—. El oxígeno funciona perfectamente. ¡Nos hemos hecho nuevamente con la nave!

En el espacio, la nave dio un giro pronunciado y lentamente regresaba a la órbita del planeta, obedeciendo el mando de los pilotos.

Todo iba bien.

—Cuando crucemos la barrera —dijo Tornwall—, utilizaremos de nuevo el gas. Entonces ya no importará que se pierda.

—Sólo faltará que el oxígeno resista hasta entonces. La verdad es que estamos aún bastante lejos —sonrió Ademir.

Quedaba, pues, un peligro. Pero todos se sentían optimistas.

La nave siguió respondiendo perfectamente mientras se aproximaban a la barrera.

Era donde cesaba la órbita para traspasar las capas extraplanetarias y proseguir en vuelo normal.

Ya casi lo habían conseguido.

—Preparado para cortar el oxígeno.

—Preparado, Tornwall.

—Gas a punto.

—Gas a punto.

—Chispa.

—¡Listo!

—¡Cambio!

—Ahora.

Sacudida de la nave. Ligero vaivén, luego...

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—¡Nos vamos, Ademir! Suelta todo el empujo.

—Ya lo estoy haciendo, Tornwall.

—Nos vamos otra vez... ¡Maldita sea!

Lutt vigilaba atentamente las operaciones.

—Con fuerza, con fuerza, Tornwall. Lo habíamos conseguido.

La aguja osciladora estaba tomando un brusco movimiento. De nuevo la nave se perdía en el vacío.

—¡El oxígeno! —gritó Tornwall.

—Nos queda el justo para..., para llegar al planeta —murmuró Ademir.

Lutt miró a los dos hombres.

—¿Cuánto tiempo podremos respirar? —preguntó serenamente.

—Muy poco, Lutt —fue la pesimista respuesta del piloto—. Muy poco.

CAPITULOXI

Keitel insistió de nuevo:

—Necesitamos ayuda. Estamos con ustedes. Queremos salvarnos. Por favor, díganos cómo podemos salvar la nave.

—Es inútil —murmuró Darro—. No contestan.

Uno de los pilotos, desde la entrada de la cueva, vio una señal luminosa.

—¡Un helicóptero!

Golmar se aproximó.

—No sé quién podrá ser.

En aquellos momentos ya poco podía importar que fueran representantes del Gobierno.

—¡Sonner! —exclamó Onna al ver a su visitante.

Sonner solía hacerles algunas visitas, pero ya llevaba algún tiempo sin aparecer.

—¿Cómo va esto? Supongo que se han enterado de las últimas noticias —dijo el recién llegado.

—Le informaron de lo que estaba sucediendo.

—La nave, Sonner. Tememos por ella.

—¿La han probado?

—Sí. Y hemos recibido información de que algo falla... Es ya de noche. Lleva catorce horas en el espacio. Tememos que se haya perdido.

Sonner, tras un silencio, murmuró:

—¿Se han enterado de lo que ocurre?

—¿Se refiere a la explosión?

—Sí. Debido a esto la gente se ha amotinado. Todos quieren tener acceso a los refugios del Gobierno. Saben que existen refugios y

quieren ir a ellos. Van a matarse entre ellos mismos...

En aquellos instantes la computadora de Keitel pasaba los datos.

Luchas callejeras, agresiones, asesinatos.

De nuevo con la pantalla en marcha, un locutor visiblemente nervioso, informaba de los acontecimientos:

—Se han declarado varios incendios en algunos puntos de nuestra primera ciudad. Un edificio de cuarenta plantas se ha venido abajo. Estamos viviendo unas horas de pánico que las autoridades se proponen sofocar, pero, ¿cómo? ¿Será verdad la advertencia llegada de otros planetas? Procuremos entre todos recobrar la calma... Ahora es necesaria más que nunca. Sea cual fuere nuestro destino, con la violencia no llegaremos a nada.

—¡A buena hora se acuerdan! —exclamó Darro. —Tenía que ocurrir esto —exclamó el profesor, con tristeza.

—Y nosotros tampoco nos salvaremos —arguyó Golmar.

—¿Se refieren a la nave? —inquirió Sonner. —
Sí. Eran nuestra esperanza —repuso el ayudante.

—¿Han tratado de comunicar con ella? Darro respondió a la imposibilidad de hacerlo. Onna adujo:

—Papá ha pedido ayuda a «ellos», pero no han contestado.

Sonner sonrió.

—Quizá yo pueda ayudarles.

Otra vez Sonner se mostraba con un aspecto extraño a los ojos de todos. ¿Sonner podía ayudarles? ¿Cómo, si no era especialista?

Sonner desapareció en el exterior. Le vieron buscar algo en su helicóptero y regresó en seguida.

—Precisamente venía a llevárselo —dijo, mostrando un pequeño artilugio ligero, que llevaba cogido en ambas manos—. Tengan cuidado, es bastante delicado.

Golman fue el primero en descubrir qué era.

—¡Un transmisor espacial! ¡Justo lo que necesitamos!

El profesor dijo dónde debía ser puesto. Ante todo era necesario conectarlo a la computadora para que registrara los datos.

—Golman. Ayúdeme a montarlo. Es cuestión de media hora.

—¿Media hora dice? —inquirió Darro, frunciendo el entrecejo.

—Sí. Más o menos —repuso Keitel.

* * *

—Apenas nos quedan veinte minutos —dijo Tornwall, consultando el reloj.

La respiración resultaba difícil a bordo de la nave. La falta de oxígeno se notaba cada vez más.

—No tenemos ninguna escafandra, ¿verdad? —inquirió Ademir.

—Ya no son necesarias —repuso Lutt—. Al menos eso creíamos... Además se procuró ahorrar peso.

La nave seguía a la deriva.

—Es la peor de las agonías. Sólo podemos esperar un milagro... —clamó Tornwall—. Si al menos lográramos...

Accionó una de las palancas. La apretó con tal fuerza que hizo un «crik».

—¡Bah! Qué más da que se rompa —exclamó. —¿Qué iba a decir? —inquirió Lutt.

—Es mejor que no hablemos. Así consumimos menos oxígeno —aconsejó Ademir.

—¿Y qué más da ya? —repuso el piloto—. Intentaba decir que si conseguíamos aproximarnos otra vez a la *barrera*...

—Esto es inútil —repuso el ayudante.

—Podríamos intentar comunicar...

—¡Eh! ¡Mira! —gritó entonces Ademir.

La aguja osciladora se había detenido. —No nos movemos... —murmuró Lutt. —Es extraño. Es como si... estuviéramos «anclados» en el aire.

—¡La palanca! —exclamó Ademir, dándose cuenta.

El piloto observó la palanca, la accionó y murmuró :

—Ahora comprendo... No llegaba hasta el final, por esto obstruía el paso del gas aumentando su presión. Voy a intentar ponerla de nuevo en funcionamiento.

Pero pronto se dieron cuenta de que los intentos iban a ser inútiles...

—La tubería sigue averiada.

—Inténtelo, Tornwall —exclamó Lutt.

—Perderíamos todo el gas.

—¡Inténtelo de todos modos...!

Lo probó, pronto el escape se hizo más grande.

—Intentaré soldarlo —exclamó Ademir.

Bajó de nuevo, pero su ímpetu fue frenado por la falta de oxígeno. Dio un traspié y cayó.

—Vamos. Yo le ayudaré —dijo Lutt—. No desfallezca ahora.

Pero él también comenzaba a sentir los efectos. Sólo faltaban diez minutos para que ninguno de los tres pudiese respirar.

* * *

—¿Todavía falta mucho? —preguntó Sonner al profesor.

—Un poco. Esto es muy delicado.

—Ya lo sé, pero... —Sonner no terminó el comentario.

—¿Piensa en algo especial? —inquirió Onna.

—En el oxígeno. ¿Tenían suficiente?

—Por eso no hay peligro —repuso Darro—. Tienen de sobra. El peligro está en el combustible. Llevaban sólo para una prueba.

Pero ahí, el jefe de los técnicos se equivocaba de medio a medio, porque era precisamente el oxígeno lo que estaba terminando con la vida de aquellos tres hombres y por añadidura con la salvación de los que aguardaban su regreso.

CAPITULOXII

Tornwall se llevó las manos al cuello. Ya no «tomaba» el aire suficiente.

—Necesito respirar... Sé que lo conseguiré si consigo un poco de aire —exclamó Ademir.

Lutt lo ahorraaba como podía, guardaba silencio, ayudaba, pero comprendía que todo era ya inútil.

El piloto se levantó y casi a rastras, asomó por el hueco.

—¡Eh! ¡La cabina de los útiles! Está cerrada herméticamente... Quedará algo de oxígeno... Voy a...

—¡No, Tornwall! ¡Aguarde si puede! Un poco más. Seguiremos trabajando. Ese... Ese oxígeno puede soltarlo en el último momento... ¿Cuánto..., cuánto cree que habrá? —Hasta las palabras le costaban de salir. Tornwall no lo sabía.

—Quizá otros cinco minutos... No sé. No puede ser mucho.

—¡Animo, Ademir! ¡Tenemos que continuar! Cinco minutos más...

—No puedo, no puedo...

El afán de vivir, quizá mantenía a aquellos hombres que pensaban no ya sólo en sí mismos, sino en sus familias, pero a ras de tierra, los demás lo ignoraban, y el profesor Keitel, aunque se daba prisa en montar el aparato, no iba a llegar a tiempo.

Simultáneamente en lo alto, Tornwall ya no tuvo más remedio que, a rastras, llegar hasta la cabina y abrirla. Era la última esperanza.

El oxígeno penetró en la ancha estancia. Se notó, pero no lo suficiente. Esperaban más, mucho más.

Tornwall se dejó caer.

Ademir ya no podía con las herramientas.

Lutt estaba sentado, con las manos en la garganta y la boca abierta.

Y el profesor seguía manipulando en los cables.

—¡Profesor! —exclamó entonces Sonner.

Keitel se volvió hacia él.

Transcurrían los segundos.

La pantalla anunciaba nuevas catástrofes. Tiroteo, empleo de rayos para dominar los tumultos.

Sonner sugirió:

—No lo monte. Transmita como está. No es necesario grabar los datos.

—¿Puede utilizarse así? —inquirió Keitel.

—Sí. Al menos puede intentarse.

—¿Cómo recibiremos las respuestas?

—No lo sé... Pero sólo con el conducto principal ya basta, es posible que las respuestas lleguen. Inténtelo.

El intento no dio resultado y el profesor sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Es inútil —dijo.

Sin embargo, la emisión llegaba a la nave.

El *tic-tac* de la retransmisión podían oírlo los tres hombres que, extenuados, consumiendo lo poco que quedaba del oxígeno, apenas tenían ánimos para moverse.

Ninguno de ellos podía imaginar que se estableciera la comunicación.

Y el *tic-tic* continuó.

—Es inútil —repitió Keitel—. No captan.

—Tal vez no pueden. Insista —dijo Sonner.

El profesor probó de nuevo.

Lutt creyó percibir el ruido.

—¿Qué es esto? ¿Son mis oídos? Oigo un ruido.

—Yo también... Hace rato que oigo ruidos. Los tímpanos van a estallarnos.- Es la muerte por asfixia... —murmuró la voz de Ademir.

Tornwall intentó incorporarse. El *tic-tic* era ahora más insistente.

Lutt también se aproximó al piloto.

El piloto únicamente consiguió ponerse de ruido.

El *tic-tic* proseguía, parecía más fuerte.

De pronto Lutt comprendió.

—¡Transmiten!

Tornwall agrandó los ojos. —Sueña...Está soñando...

—¡Transmiten!

Ademir captó también el ruido. A pesar de ser el que estaba más agotado de los tres.

—Es verdad...

—¡Es verdad! —exclamó el piloto, comprendiendo.

Hizo el tremendo esfuerzo del que se resiste a « morir. Sin respirar, abotargado, casi sonámbulo y siempre de rodillas, se aproximó al pupitre de mandos.

Tic-tic-tic-tic.

—¡El transmisor! —exclamó.

Lutt se aproximaba a rastras y Ademir lo intentaba:

—¡Ayudadme, ayudadme! ,

Trabajo le costó a Tornwall realizar los movimientos precisos para abrir la conexión.

—Aquí Nave Salvamento... ¡Ayúdenos!

Y se escuchó la voz de Keitel.

—¡Son ellos! ¡Nos han captado!

—Y podemos escucharles —dijo Golman, mirando

significativamente a Sonner, que parecía haber cumplido ya su misión.

Darro tomó el micro para preguntar:

—¿Qué les ha ocurrido?

—Demasiado tarde, jefe —respondió la voz del piloto, entrecortada—. No tenemos oxígenos, ni combustible. Si hubiesen llamado antes...

—¡Tornwall, Tornwall! ¡Escúcheme! —gritó Darro.

—Le oigo, jefe... Estamos acabando. —Espere, no diga nada... ¿Han utilizado el oxígeno? ¿Sí o no? —Sí.

—¿La avería es en el conducto del gas? —Sí.

Darro se mantuvo pensativo durante unos instantes, luego, dirigiéndose a los demás, murmuró: —Ya sé lo que ha pasado, lo imagino... Pero no puedo hacerles hablar, cada segundo cuenta. —¿Dónde está el fallo? —inquirió el profesor. —En el conducto. Obstrucción o algo parecido. Debieron utilizar el oxígeno. Es lo lógico.

—¿Y qué pueden hacer? —inquirió Golman. —No lo sé, déjenme pensar. —Lo siento, jefe —dijo de nuevo la voz de Tornwall—. No podemos hacer ningún arreglo. Estamos estacionados, pero nos falta el aire. Es el fin... —¡No, no! ¡Esperen! Algo se podrá hacer... El profesor cerró la comunicación para que los de la nave no pudieran oír y dijo:

—Usted sabe tan bien como yo que es imposible. No pueden trabajar en el conducto. No pueden efectuar ninguna reparación, y es lógico suponer que ya lo habrán intentado.

Se hizo un silencio absoluto, que rompió la patética voz de Onna, para exclamar: —¿Y debemos dejarlos morir? Tampoco había respuesta. Por trágico que pareciera no existía solución.

—Hay que decir algo a esos hombres —exclamó Golman.

—Es mejor no decirles nada... Sus respuestas llegaron con perfecta nitidez. Hemos oído que apenas pueden hablar... Si hubiésemos podido hablarles con ellos...

Y tras esas palabras, Darro se cubrió el rostro con las manos.

¡No había salvación para nadie!

En la pantalla se anunciaba otra catástrofe:

—Destrucción total de la base IV. Se ignoran las causas de la explosión. Las patrullas contra incendios no dan abasto. Un ruego del Gobierno insiste en que todos debemos mantener la serenidad. Las llamadas a nuestra cadena oficial de informaciones no cesan... La ciudad es una inmensa hoguera...

El locutor recomendaba una serenidad que él mismo estaba lejos de sentir.

La computadora pasaba información de otras zonas del país y daba cuenta de debacles, motines, rebeliones.

—Noticias de otro continente —informaba la cadena—. Los esclavos se han revelado. Intensas zonas de bosque arden. Se nos notifica que una fábrica de armamento del Sur ha estallado de forma extraña... Se suceden los suicidios. ¡Calma! ¡Calma! ¡No nos destruyamos nosotros mismos!

Todos escuchaban, todos sabían que tarde o temprano a ellos también les llegaría el fin, porque ya no podían disponer de la nave. Sí. Era el fin...

CAPITULOXIII

Eran ya los últimos segundos de la vida de los tres hombres encerrados en la nave.

Ni siquiera podían —o querían ver— la pantalla que les retransmitía imágenes mudas del planeta.

Una pantalla que antes estuvo cerrada, pero que de laformamásextrañase iluminó. Lutt pensaba : «¿Qué ha sucedido?» No lo sabía.

Sabía en cambio que sólo con las cápsulas para el vuelo de salvación podrían mantenerse en contacto visual con el planeta durante cierto tiempo, pero en aquellos instantes... ¡No! En aquellos instantes estaban incomunicados, porque hasta la comunicación con el profesor había cesado. ¿Acaso había sido un sueño? La pantalla no lo era. Lutt, con la mirada vidriosa, lejana, obstruida por un extraño velo, podía ver las imágenes algo borrosas.

Y las imágenes eran de destrucción. Una ciudad en llamas, una explosión.

¿Había sonado la hora final del planeta?

Puede que el último aviso hubiese expirado ya. El plazo se estaba cumpliendo con antelación por voluntad de los propios habitantes del planeta.

Abajo, en las pantallas donde todavía podía oírse la voz de los que informaban sabían que:

—La guardia de emergencia ocupa los puntos clave para defenderse de cualquier invasión, mientras las fuerzas civiles intentan contener las rebeliones.

Osados informadores captaban las escenas en plena calle.

Grupos de gentes armados se abrían paso a tirosy gritaban:

—¡Queremos ir a los refugios!

—¡Todos tenemos los mismos derechos!

—¡Es hora de demostrar la igualdad!

Y atacaban en masa.

Entonces los guardianes tenían que disparar los rayos. Metralletas provistas de rayos letales barrían prácticamente a la gente.

Un locutor anunciaba:

—Estamos presenciando asesinatos en masa... El pueblo tiene razón. A su tiempo, no se le dieron las explicaciones verídicas y ahora está en su derecho al querer sobrevivir.

Una carga explosiva se abatió sobre los guardianes atacantes. .

Hombres, uniformes y metralletas, saltaron por los aires en un espectáculo deprimente y sobrecogedor.

El locutor seguía hablando.

—Exponemos nuestras vidas para que el presidente vea con sus propios ojos la realidad a la que nos ha llevado... Tenemos noticias de que escenas así ocurren en todos los países, en todos los continentes... Seguiremos informando, aunque seamos víctimas de esta justificada rebelión.

Otra explosión se produjo a escasa distancia. Los cascos de un edificio alcanzaron las cámaras. Se produjo un impacto en las pantallas, pero en seguida el enfoque prosiguió.

—Es la tercera cámara que perdemos. Esto les indicará la proximidad con que vivimos estos dramáticos acontecimientos.

Otra ciudad informaba desde un puerto:

—Los depósitos de las Dársenas A, B, H, Z, y K han estallado casi al mismo tiempo. La bahía se ha convertido en un ascua. Pueden ver las llamas... El combustible líquido almacenado está ardiendo y es imposible sofocarlo. Los barcos están ardiendo. Nada de todo esto podrá salvarse.

Luego, una tercera unidad informaba de los disturbios en la periferia.

—Grupos de gentes tratan de huir, pero la circulación ha sufrido un colapso, las carreteras no soportan el tráfico.

Y una escuadrilla de helicópteros de las fuerzas del orden, patrullaban por las rutas.

Desde edificios particulares, hombres y mujeres armados, les hacían frente al grito de:

—Por vuestra culpa. ¡Fuera! ¡Fuera!

Los componentes de las patrullas, siguiendo órdenes, atacaban con proyectiles de alto poder. Estaban como enloquecidos. Era como una guerra que hubiese enfebrecido las mentes y trastocado los sentimientos.

Casas enteras estallaban.

Desde el aire, gracias a una cuarta unidad, podía verse una ciudad entera en llamas. Infinidad de hogueras, en todos los puntos, en los lugares más remotos.

Cadenas de otros países presentaban los mismos aspectos.

Y Lutt en la nave, sentía que sus ojos se iban cerrando, que se ahogaba...

Pudo ver a Ademir junto a la radio y le oyó decir:

—Ya no contestan.

En la cueva, Keitel permanecía silencioso, como si mentalmente estuviese rezando un responso para los de la nave, para todos.

Sonner dejó oír su voz:

—Que corten los conductos. Eso sí les dará tiempo para hacerlo —dijo.

Darro pareció salir de un largo letargo.

—¿Los conductos?

—Sí. Que conduzcan únicamente utilizando la chispa... No están muy lejos, teóricamente, del punto en que pueden conducir la nave por sí mismos.

—¡Bah! Esto es imposible. La chispa no basta...

—La chispa que ustedes consiguieron es de doble potencia. ¿No se había dado cuenta, Darro? —preguntó Sonner.

—¿De doble potencia?

—Es lógico que no supiera lo que tenía usted entre manos.

—¡Claro que lo sabía! ¡La probé! Sabía que era más potente, pero esto no basta.

—Sí que basta si se accionan los controles de las cápsulas. Que lo prueben.

Darro pareció pensarlo.

—No pierda tiempo. Es la única solución.

—Pero la chispa...

El profesor ya manipulaba el transmisor.

—Está bien. No se pierde nada con ello.

—Nuestras posibilidades son limitadas porque experimentamos solamente aquello que creemos lógico —sonrió Sonner.

Darro hablaba ya con la nave.

—Escúchenme... Suelten las palancas para las cápsulas... No importa que no tengan cápsula, pueden actuar utilizando solamente la chispa, únicamente necesitan dirigir la astronave hasta la Zona Cero... ¿Pueden oírme?

Aquella orden fue repetida varias veces. Lutt, que quizá era quien más fuerzas retenía aún, había oído perfectamente.

—Eh... Eh... Tornwall... Escuchad esto... Y la voz de Darro insistió:

—¡La chispa...! Utilicen la chispa de despegue. Es su última oportunidad.

Los movimientos de Tornwall fueron lentos. Hasta parecía inaudito que aquel hombre —que todos— pudieran sobrevivir.

Como un autómatas, conectó palancas, pulsó botones, todos sus movimientos eran torpes, inseguros...

Cuando intentó pulsar el último de los conmutadores desfalleció, pero Lutt, viéndole la acción, completó su movimiento.

Casi en el mismo instante se produjo una variación en la nave.

Desde dentro no lo podían notar, pero por el exterior, el bólido alcanzó una velocidad exorbitante y al mismo tiempo cambió su rumbo.

¡La idea de Sonner había dado resultado!

La nave podía ser dominada sin el menor esfuerzo. Tornwall, con el último aliento, se sentó frente a los mandos.

—Pronto... Pronto podremos respirar —logró balbucir apenas.

—¡Lo han conseguido! —gritó Golman, desde la cueva.

Y de nuevo las miradas de los allí reunidos se volvieron hacia Sonner, que se limitó a comentar:

—Es un sistema de emergencia que vi utilizarlo durante las pruebas de la base III. No se habían hecho públicas porque se dudaba de su eficacia.

—¿Se da cuenta, Sonner? —empezó Darro—. Este sistema podría revolucionar las viejas técnicas. ¡Sólo con la chispa!

Pero toda renovación era obvia, en las pantallas podía verse la debacle del planeta.

Entonces apareció la señal roja intermitente y todo el mundo supo que "ellos" comunicaban de nuevo con el profesor.

CAPITULOXIV

A través del transmisor, los de la cueva podían oír las exclamaciones gozosas de los tres tripulantes de la nave.

—¡Respiramos! Hemos llenado de aire los conductos exteriores. Podemos respirar.

—¡Nunca el oxígeno me ha parecido tan puro!

—¡Vamos hacia la base! —adujo a su vez Lutt—. Estamos perfectamente. Hace poco hemos atravesado la barrera.

Y en el espacio, la nave, tripulada por los dos técnicos se dirigía hacia el planeta. Estaba lejos aún, pero a la velocidad que iba, no tardaría en llegar a la improvisada base de salvamento.

El profesor pasó la cartulina de los datos recibidos de la computadora al banco, para descifrar el mensaje de «los otros».

—¿Qué hora es? —preguntó, cuando terminó la consulta.

—Las dos de la madrugada —repuso Darro, consultando su reloj de precisión.

—«Va a empezar» —repuso Keitel.

—¿Va a empezar? —se miraron unos a otros.

—Se ha desencadenado el caos. Es la guerra que ellos tratan de «evitar» Van a concluirla de inmediato. Ya no habrá más avisos. Tenemos que ponernos en marcha inmediatamente.

—De acuerdo. Avisen a sus familias —ordenó Darro—. La zona donde se encuentran es la más tranquila, pero conviene que vayan ustedes. ¡Armados! ¡Dense prisa!

—Pueden utilizar mi helicóptero también. Yo iré con ustedes —dijo Sonner.

—Usted también volverá, Sonner. Tiene un sitio en la nave —dijo el profesor.

—No. Yo estoy a las órdenes del presidente.

—¿Prefiere quedarse en el refugio oficial? —inquirió Darro—.

¿Cree que vale la pena?

Sonner se limitó a sonreír, sin pronunciarse.

—Si algo ocurre, si tratan de jugarle una mala pasada, Sonner, sabe que tiene un sitio aquí. No lo olvide. Usted nos ha ayudado mucho — insistió el profesor.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero no creo que lo necesite. No sé...No sé...

Los helicópteros se pusieron en funcionamiento, cuando la nave ya era visible.

En poco tiempo se hubo posado sobre la tierra. Darro, y unos cuantos que se habían quedado, revisaron rápidamente los puntos clave.

—Antes de colocar las cápsulas, habrá que cambiar la tubería del gas —dijo—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

El profesor negó con la cabeza.

—El fin es inmediato,

—Una hora. Al menos una hora. Espero que nos dé tiempo. No podemos partir así. Preparen el oxígeno, las vituallas, todos. ¡Muévanse!

Todo el mundo trabajo con ahínco, apresuradamente. Luchaban contra el tiempo.

Lutt y Onna se abrazaban frente a la pantalla que seguía retransmitiendo las catástrofes.

—Al norte del continente se ha producido un fenómeno marino. El cielo está enrojecido y las aguas, invaden las ciudades. Ya no hay duda de que nos hallamos ante el fin del planeta. La situación ha desbordado todas las previsiones. No hay defensa posible contra los elementos de la naturaleza... Somos testigos de algo que quizá no podemos contar a nadie. ¡Fíjense en el desmoronamiento de este edificio! Una nueva catástrofe se abatía sobre las principales calles de la primera ciudad del país. De pronto, Onna, exclamó: —¡Mira, Lutt! Algo se desmoronaba contra la pantalla.

—¡Nopodemosseguirtransmitiendo! ¡Peligro! ¡Peligro!

La pantalla ennegreció la imagen. El propio locutor había muerto prestando un servicio de información mundial.

—El fin está cada vez más próximo —musitó Lutt.

Y en la improvisada base, se estaba procediendo a cambiar la tubería afectada.

El profesor contribuía en el almacenamiento devituallas.

—¡Vamos! ¡Tenemos trabajo! —exclamó Lutt, soltando a su amada, y ambos corrieron también a prestar su ayuda.

—Esto es más difícil de lo que pensaba. Se trata de reparar todo el sistema —dijo Darro—. La obstrucción ha interesado también las válvulas de seguridad.

Golman adujo:

—¿Y si utilizáramos la chispa? —inquirió.

—Eso está bien para los casos de emergencia. Pero ignoramos el tiempo de duración del bólico.

—Sigán trabajando —repuso el profesor—. Si en el momento de partir no está arreglado, podemos intentarlo.

—Es que necesitamos el gas para el ascenso normal.

—Hay una solución para esto, Darro, conecten la tubería a los depósitos. Yo propulsaré la nave —sugirió Keitel.

—¿Cómo va a hacerlo, profesor?

—Quedándome aquí. Marcharán teledirigidos hasta cruzar la *barrera*.

—¡No, papá! Tú no debes quedarte. Tienes derecho a salvarte como todos —exclamó Onna.

—Si el mecanismo falla, alguien tiene que quedarse, hija. Y yo puedo hacerlo.

—Tiene que haber otra solución —exclamó Lutt. —Me temo que no la haya.

—¡Los helicópteros! ¡Ya vuelven! —gritó alguien. Los pilotos y sus

familias tomaron tierra en la base.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Golman a Sonner.

—Todo está perdido. La atmósfera está contaminada. La gente muere por las calles, los edificios se desmoronan, y las computadoras han dejado de funcionar. Es la paralización total.

Una de las mujeres, explicó:

—Se han roto las comunicaciones.

—Lo raro es que no se ve nada... No hay naves en el espacio... Yo creía que se produciría un ataque —comentó Golmar.

El profesor negó con la cabeza.

—Quizá no tengan necesidad de desencadenar ninguna clase de ataque... Por lo menos físico.

—¿Obran acaso de forma invisible? —inquirió uno de los pilotos.

Fue Sonner el que puso un punto de luz en las cábalas.

—Invisible no es la palabra exacta. «Son» de otra naturaleza. Pueden manifestarse de mil maneras intangibles para nuestro sistema de vida...

—¿Como si fueran... miasmas?

—Miasmas no es la palabra adecuada tampoco —siguió Sonner—. Podría ser el aire, partículas, átomos, el propio oxígeno. Una forma de vida que atacalo que le es perjudicial para sí misma, como los anticuerpos...

—Algo... del etéreo, intangible —murmuró Lutt—. Pero que puede transmitir mensajes... ¡Es inconcebible!

—¿Y puede materializarse, si es necesario? —inquirió el profesor, mirando a Sonner.

—No me mire a mí, profesor. Yo no lo sé. He sido portavoz de «algo». Me doy cuenta. Pero lo he hecho porque... «He sentido» que debía hacerlo.

—Usted nos sacó de la situación en que estábamos en el espacio —adujo Lutt.

—Di sólo una idea.

Darro se llevó la mano a la boca.

—¡Oh!

—¿Qué les pasa? —inquirió un compañero.

Tornwall daba la sensación de estar mareado y Ademir tenía náuseas.

—¿Qué es esto? —inquirió Golman—. ¡Rayos! El aire... ¿No notan? Es casi irrespirable...

—¡Suban todos a la nave! ¡De prisa! —exclamó el profesor.

—Papá... ¿Y tú?

—Yo me encuentro bien. No se preocupen... ¡Miren si está conectado el tubo a los depósitos!

Unos ayudaron a otros. Las mujeres eran las más perjudicadas.

—¡Que respiren oxígeno! —gritó el profesor.

Lutt aún se mantenía bien y tuvo que ayudar a Onna a ir hasta la nave. Ella se resistía, pero la contaminación del aire le producía los primeros efectos.

—Cierren herméticamente...

Lutt dejó a la muchacha en la nave y asomó nuevamente.

—¡Profesor! No podremos salir de aquí. Suba usted también, y Sonner. Probemos con la chispa. Si algo falla, pereceremos juntos.

—No se entretenga, Lutt —espetó el profesor—. Obedezca.

Lutt se resistía, pero ya empezaba a costarle trabajo respirar con normalidad.

Cerró. Todos estaban dentro, reponiéndose. Una pantalla fijaba su situación. El transmisor normal estaba callado. Tornwall se incorporó, algo repuesto y conectó el aparato para recibir audición.

Lutt se aproximó tosiendo, expulsando el aire viciado que había quedado en sus pulmones.

—¿No le parece esto extraño?

—¿Qué?

—El silencio. No se oye nada. ¡Y fíjese! Parece que esté amaneciendo y aún falta por lo menos una hora.

—Es una luz extraña... —musitó Lutt.

Onna se aproximó.

—¿Qué es esto?

A lo lejos, un alba rojiza, semejante a las auroras boreales, pero distinta en su fundamento. Era como si aquella luz no perteneciese al planeta.

—¡Papá!—dijo de pronto—. Tenemos que salvarle.

Tornwall pulsó un botón y habló para ser oído desde fuera.

—Profesor... ¡Sonner! ¡Vengan ustedes! Los dos hombres permanecían fuera, inmóviles, pero en pie, como estatuas.

—¿Qué les ocurre? —exclamó ella, Onna. —No lo sé... Voy a salir. —Tenga cuidado —advirtió Ademir. —En la nave hay unos cuantos cascos antigases. Los han puesto ahora. Utilizaré uno.

Con el casco máscara, Lutt saltó de la nave. Una ráfaga de aire impuro impregnó la nave. —¡Cierren! ¡Cierren! —gritó Tornwall. Lutt ya estaba abajo.

A medida que se aproximaba a los dos hombres comprendió que seguían vivos.

Sonner habló, antes de él pudiera hacerlo.

—No tendrán dificultades al despegar.

—Pero ustedes no pueden quedarse aquí —insistió Lutt.

—El profesor y yo hemos decidido quedarnos...

Entonces, Lutt pareció darse cuenta del fenómeno:

—¿Cómo pueden... aguantar ese aire malsano? Es como un gas letal. ¿Qué ocurre?

—Podemos aguantarlo. Eso es todo —sonrió Sonner.

—Entonces. Ustedes... Son...

—Nos conoces perfectamente, Lutt. Cuida de to dos. Algún día podréis regresar. No sé cómo estará esto... Ni dónde estará...

—Profesor... Dígame algo más, necesito saberlo.

—El tiempo se acaba, Lutt, y todos están impacientes. Diles que no nos ocurrirá nada.

—¡Sonner! Usted es el enviado. «Ellos» lo han materializado en usted. ¿No es cierto?

—Puede que sí. El profesor me ha hecho dar cuenta de ello.

Hizo una pausa y añadió:

—Pero él fue el primero de los enviados. Al que eligieron para poner en guardia a un planeta que hizo los oídos sordos.

—Tampoco me había dado cuenta de ello —repuso Keitel—. Pero ahora sé que tengo que seguir mi destino. Ignoro cuál es... Pero tengo que seguir.

Lutt estaba desconcertado.

En la nave, todos miraban a través de los visores, sin comprender, porque tampoco podían oír.

De pronto, aquel extraño silencio se quebró en una tremenda explosión.

—¿Qué es esto? —inquirió Lutt.

—¡De prisa! ¡A la nave, Lutt! —exclamó Keitel—. Ya os hemos dicho que no tendréis dificultades. ¿No te das cuenta? No las hemos tenido nunca. Hemos podido trabajar sin ser molestados. Las patrullas jamás llegaron hasta nosotros... Todo tenía que salir bien. «Ellos» lo han querido...O mejor dicho.«Nosotros» lo queremos. Debe ser así. La especie debe continuar de una forma o de otra.

Otra explosión hizo temblar la superficie. La onda expansiva elevó un extraño silbido. A lo lejos, una montaña desapareció como hundida, tragada por la tierra.

Sonner murmuró:

—El planeta ya no tiene ningún sostén. Le falta el oxígeno. La órbita que sigue ha sufrido un serio colapso, ningún cuerpo la atrae.

—Entonces... Esto significa que... ¡El planeta va a desintegrarse en el vacío! ¡Se perderá en el espacio hasta chocar! ¡Hasta chocar! ¡No pueden quedarse aquí!

—No nos ocurrirá nada. ¡Vuelve a la nave! De prisa. Es una orden.
—Y la voz del profesor se hizo más recia, segura de sí mismo.

Una tercera explosión más fuerte que las anteriores anunció el fin presentido por los dos hombres.

Sonner y el profesor seguían inmóviles. Lutt comprendió que nada les haría cambiar de opinión.

Lentamente, se dirigió hacia la nave.

CAPITULOXV

Tal como habían predicho ¡el profesor y Sonner, los tripulantes no tuvieron ninguna dificultad en elevar la nave, primero lentamente, luego a ritmo más rápido, hasta alcanzar la velocidad normal para cruzar «la barrera».

Desde el aire, algunos de los aparatos medidores, tras algunas sacudidas, quedaron inmóviles.

—¿Qué significa esto? —preguntó Lutt.

—Es extraño —murmuro Ademir—. Pero parece como si..., como si no existiera la gravedad en el exterior.

—¡Es cierto! —repuso Darro, aproximándose—. El control indica que flotamos en el espacio.

Hizo una prueba y ordenó:

—Compruebe, Tornwall.

El piloto obedeció y los mandos obedecieron.

—La nave obedece, pero como si estuviéramos lejos, muy lejos del planeta, ¡en la estratosfera!

Sin embargo, todos podían ver la superficie del planeta, que por la proximidad aún no se había convertido en una forma redonda.

—¡Pero si estamos muy cerca! —exclamó Ademir.

La comprobación no podía mentir. Estaban cerca sí, no más alto que un avión normal en vuelo, sin embargo, podían flotar, sin perder estabilidad ninguna.

Lutt comentó:

—El profesor tenía razón... ¡Y Sonner! Va a desintegrarse... ¿Por qué no habrán querido salvarse? ¿Por qué están tan seguros?

—Ellos podían respirar, a pesar de carecer de oxígeno —apuntó Darro.

Onna se aproximó a Lutt, que la abrazó con fuerza.

El planeta ahora se veía más lejano.

—Tu padre lo quiso así. Él podía vivir en aquel ambiente...

—Pero va a morir.

—No, Onna, no lo creo. Habría muerto ya... Mira allá abajo.

Todos en la nave miraban consternados, un mundo destruido, una ruina, como si jamás civilización alguna hubiese puesto el pie.

Cráteres, montones de escombros que la tierra tragaba. Enormes grietas, que abrían brechas y cambiaban la fisonomía, creando nuevos mares.

Y a través de la pantalla, datos más cercanos, mucho más cercanos de los lugares donde antes se habían levantado ciudades. No había nada, ningún síntoma de vida.

De pronto, el sismógrafo de a bordo dio la señal de una gran sacudida.

—¡El planeta! —gritó Ademir.

Ante los ojos asombrados de aquel puñado de seres, vieron desaparecer lo que antes había sido morada de todos.

Como atraído por un poderoso e inconcebible imán, el planeta se alejaba, desaparecía en el vacío, rodaba de una forma vertiginosa, indescriptible, y cada vez iba haciéndose más pequeño, más pequeño.

—Estallará, o chocará contra otro planeta —murmuró Darro.

Por la pantalla podía apenas seguirse la irresistible marcha de aquel cuerpo.

Apenas era ya como una pelota de *golf*, pero podía vérselo, luminoso, recogiendo quizá la luz de otro astro.

Por fin desapareció.

Los detectores anotaron un tremendo choque. Allá en los lejos, como polvo de estrellas, aparecieron unas lucecitas.

El espacio se había tornado oscuro, sin que apenas nadie se hubiese percatado de ello.

Volaban en el Cosmos, sin un rumbo prefijado. ¿Dónde podrían tomar tierra? ¿Dónde hallarían otro habitáculo? ¿Hasta cuándo duraría aquel viaje sin un destino concreto?

Darro rompió el silencio y la inmovilidad que parecía haberse contagiado y examinó unos planos.

—Tenemos el rumbo fijado. Hacia el destino que seguimos, se encuentra Kappa, de la constelación de Hércules.

—Pero ninguna astronave logró llegar hasta allí —murmuró Tornwall.

—Cierto. Pero nosotros llegaremos —dijo Lutt, aproximándose.

Luego, aclaró:

—Es el rumbo que nos fijó el profesor.

—Con dos cápsulas... Y a cincuenta mil años luz... ¡No! Debe de haber algún otro habitáculo cercano. Un lugar que no haya sido descubierto...

Lutt se fijó en el rumbo, y murmuró:

—Tal vez. Pero donde sea, llegaremos. Creo que ahora ya sé por qué quiso quedarse.

—¿Crees que vive? —preguntó Onna.

—Vivirá siempre..., o quizá bastante más que nosotros. ¿Es que no lo entiendes todavía?

En algún lugar, algo o alguien establecía un contacto por medio de las ondas.

Un pitito intermitente y continuo, sonaba en el espacio, cerca de la nave.

Era una señal, a veces, frecuente en el cosmos; sólo que esa señal, iba dirigida exclusivamente a la nave.

Tip-tip-tip-tip-tip.

Y una luz roja oscilante, comenzó a brillar en el pupitre.

—¡Nos están haciendo señales! —exclamó Tornwall, pulsando el botón para captar el mensaje.

Una vez extraída la cartulina, fue colocada en el tablero para la comprobación de los datos.

Darro leyó la nota y la pasó a Lutt en silencio. El mensaje decía: —Sigan rumbo. Van bien. Nada más.

Todo el mundo había comprendido ya. Y Onna volvió los ojos a Lutt, para murmurar:

—¡Son ellos! Papá y Sonner... —Sí.

—Nos están guiando. —Es lo que intentaba decirte. Otro silencio. —Pero... ¿Dónde están?

—Eso es imposible saberlo, pero yo diría que... quizá se hallan más cerca de nosotros que nunca. —¡Vivos!

—Y harán que lleguemos a un lugar donde estemos a salvo...

Y tras una pausa, ella comentó:

—Será un lugar hermoso. Estoy segura de ello.

—Todos los lugares son hermosos, querida —sentenció Lutt—. Todos..., hasta que el odio, la envidia y la incomprensión, los destruyen.

Y la nave seguía su curso, segura, majestuosa por el espacio limpio y azul.

Sus ocupantes sabían que llegarían a algún sitio.

La señal roja seguía transmitiendo sus mensajes.

F I N